

Yolanda Arencibia

# PANCHO GUERRA

o el amor a lo propio



1

COLECCIÓN:  
PANCHO GUERRA

Yolanda Arrebola

# PANCHO GUERRA

o el amor a lo propio

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1992



Yolanda Arencibia

# PANCHO GUERRA

o el amor a lo propio

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1993

Yolanda Arencibia

# PANCHO GUERRA

o el amor a lo propio

© **Yolanda Arencibia**

Edición al cuidado de **Maximiano Trapero**

©



Ayuntamiento de San Bartolomé  
de Tirajana

Ilustración de portada: Caricatura de Pancho Guerra  
firmada por **Eduardo Creagh** Madrid, 1960 y coloreada por **M. Santiago**

ISBN: 84-606-1613-4

Depósito Legal: M. 31.628-1993

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

# ÍNDICE

A María Isabel García Bolta, en reconocimiento de su gestión en los preliminares del proyecto del que este trabajo formó parte y de su amistosa colaboración en las indagaciones sobre Pancho Guerra.

APUNTES BIOGRÁFICOS	11
La infancia granadera	15
Traslado a la capital y escuela ambiente	24
Residencia en Madrid	25
PERSONALIDAD Y LITERATURA	25
Periodismo y literatura	25
Género personal y literario	28
La saga de un escritor	31
LA OBRA	32
Los jóvenes escritores de <i>Pape Murguía</i>	36
" <i>Pape Murguía</i> "	36
Una nueva biografía y portada	38
Los textos	40
La obra teatral	45
Los siete estrenos	45
Otras obras teatrales	47



# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PANCHO GUERRA O EL AMOR A LO PROPIO..	11
APUNTES BIOGRÁFICOS .....	15
La infancia tirajanera .....	15
Traslado a la capital y nuevos ambientes .....	16
Residencia en Madrid .....	22
PERSONALIDAD Y LITERATURA .....	25
Periodismo y literatura .....	25
Genio personal y literatura .....	28
La forja de un escritor .....	31
LA OBRA .....	35
<i>Los cuentos famosos de Pepe Monagas</i> .....	36
"Pepe Monagas" .....	36
Una visión nostálgica y parlante .....	39
Los textos .....	41
La obra teatral .....	45
Los siete entremeses .....	45
Otras obras teatrales .....	47

# INDICE

Págs.

LAS MEMORIAS DE PEPE MONAGAS .....	53
El personaje y su autor .....	53
La composición literaria .....	55
El lenguaje .....	58
 EL LÉXICO POPULAR DE GRAN CANARIA ....	 65
 APÉNDICE TIRAJANERO .....	 71
<i>En la fiesta popular de Santiago del Pinar de Tira-</i> <i>jana</i> .....	 72

## PANCHO GUERRA o el amor a lo propio



San Bartolomé de Tirajana ha sido un municipio privilegiado en el ámbito de la literatura popular. Además de su especial situación de alejamiento campesino favorecedor de ricas y variadas manifestaciones de tradición oral, tuvo la suerte de contar con la personalidad literaria de Pancho Guerra, un tirajano sensible, inteligente e instruido cuya especial identificación con su tierra y sus gentes le permitió interpretar en clave literaria lo más auténtico de nuestras esencias populares y campesinas. Y en esta interpretación complacida y cómplice apuntaló para la posteridad un universo arquetípico en torno a un personaje de ficción distorsionado en clave de humor para así disimular como anecdótico lo sustancial y restarle sombras al cuadro. La metáfora parlante y actuante se llamó “Pepe Monagas”. El mundo que representaba sobrepasó las montañas y los barrancos cumbreños para abarcar la totalidad de la isla, añadiendo al aroma campesino que perfuma intensamente los relatos más atractivos de las *Memorias de Pepe Monagas* el intenso olor a salitre de las andanzas costeras del personaje, el sonido de sus pasos ascendiendo por el Risco de San Nicolás o su gestualidad característica al pasear su oronda y despaciosa figura por las calles de Vegueta o del Puerto.

Y ello fue posible porque en Pancho Guerra se aúnan dos tipos de cualidades. Por un lado la naturalidad, la frescura y la inmediatez que permiten una relación de confraternidad e identificación entre el autor —individualidad destacada— y su propia comunidad, como es propio en la literatura popular (aquella que “contiene más inspiración y mayor encanto que las odas hinchadas y las elegías lacrimosas de los poetas de oficio”, en palabras de Pérez Galdós). Por el otro, encontramos las pruebas de una interpretación concienzuda y nada espontánea, construida desde una perspectiva amplia, distante y globalizadora y configurada partiendo de la nostalgia, la ironía, el reconocimiento personal, el amor y el humor de un auténtico creador. Y el humor, repetimos, que es un don innato y una forma sublime de humanidad cuando es amable y generoso; como en este caso.

Pero conviene destacar en su globalidad la personalidad de intelectual inquieto y de creador sensible e inteligente que fue Pancho Guerra, porque ella ha quedado en parte desvaída o semioculta tras la silueta rotunda y bien perfilada de su criatura de ficción “Pepe Monagas”.

Efectivamente, “Pepe Monagas”, caricatura, casi esperpento, de lo genuinamente canario (de la Gran Canaria natal del autor), deformado en la superficie pero amasado —como ya dijimos— con esencias campesinas y populares propias, cincelado con experiencias, saberes y apuntaciones del autor, coloreado —a brochazos informes— con pintoresquismo succionado de una personal interpretación de la realidad inmediata, ha cobrado tal relieve que ha podido esconder tras su atractiva silueta al propio creador, de modo que no es difícil hallar quien —sin pasar de la superficie— conoce a “Pepe Monagas” sin creer conocer a Pancho Guerra. Pero se equivoca, porque no sólo la criatura tiene mucho del propio creador estereotipado, sino que el “Pepe Monagas” más conocido, el socarrón y listo de la narraciones, nunca aparece solo sino acompañado de un narrador casi más atractivo que su criatura. Éste no sólo



### CERTIFICACIÓN DE PARTIDA DE BAUTISMO

DIOCESIS DE CANARIAS  
Provincia de Las Palmas

Don José González Hernández  
Párroco de San Bartolomé  
de Tarajana

Libro 83  
Folio 22614  
Núm. 105

CERTIFICADO: Que según consta en el acta reseñada al margen, Francisco  
de San Bernabé Guerra Navarro  
fue bautizado /a el día 14 de Junio de 1929, y nació el día  
11 de Junio de 1929, en la calle o pago  
en la Villa núm.      a las 12 horas.

Notas marginales:

Padres: Don Miguel Guerra Marrero  
y Doña M<sup>a</sup> del Carmen Navarro Páez

Confirmación

naturales de Tejeda y S. Bartolomé  
casados en San Bartolomé

Matrimonio

Abuelos Paternos: Don José Domingo Guerra Guerra  
y Doña Josfa Mariani Guerra

Otras

naturales de Tejeda y San Mateo  
Abuelos Maternos: Don Antonio Navarro Peña

y Doña Maria Isabel Salcán Navarro

naturales de San Bartolomé  
Padrinos: Don Antonio Navarro

y Doña M<sup>a</sup> Isabel Salcán

Declaramos auténtica la firma  
que autoriza el presente documento.  
Las Palmas de Gran Canaria,  
de ..... de 1929.

Ministro: Rvdo. Don Pedro Hernández  
En San Bartolomé a 1 de Diciembre 1929

El Vicario General:



Sello

Firma

José González Hernández

lo presenta, lo acompaña y comenta sus vivencias y sus peripecias, sino que se muestra cómplice de sus entresijos mentales mediante una misma actitud vital y un mismo lenguaje irónico, rico, preñado de sabiduría vitalista tras un estudiado laconismo; aunque ahora depurado desde un registro más culto que no logra restarle espontaneidad, atractivo y gracia.



## APUNTES BIOGRÁFICOS



### LA INFANCIA TIRAJANERA

En el folio 480 de la sección de nacimientos del Registro Civil de San Bartolomé de Tirajana aparece la inscripción de un nuevo tirajanero, Francisco Guerra Navarro, nacido el once de junio de 1909 e hijo de don Miguel Guerra Marrero y doña María del Carmen Navarro Falcón, casados en Tirajana. Seis días después fue bautizado en la iglesia parroquial de su villa natal y anotado en su libro de bautismos (No. 23, folio 2261,105) con los nombres de Francisco de San Bernabé. Los funcionarios que cumplimentaron ambos registros con la lógica indiferencia de un formalismo más no sospecharon que sus plumas daban fe de vida a alguien cuya personalidad honraría no sólo a aquella tierra tirajanera sino a toda Gran Canaria; como honraría también a las sencillas casa y calle que escucharon sus primeros vagidos y conocieron sus primeros pasos —cerca de la iglesia, en la zona que se denominaba La Montañeta— y que hoy se ven rotuladas orgullosamente con el nombre familiar y literario: “Calle de Pancho Guerra” y “Aquí nació y vivió Francisco Guerra Navarro”.

Francisco pasó su infancia en San Bartolomé de Tirajana en cuya escuela pública aprendió las primeras letras de la mano de su padre, maestro en la citada Villa. Entre La Montañeta, la plaza de Tunte y las tierras que la familia poseía en el municipio y alrededores tuvieron lugar sus primeros juegos y travesuras en compañía de sus hermanos (Antonio, Domingo, José, Dolores y María) y sus amigos de la escuela.

## TRASLADO A LA CAPITAL Y NUEVOS AMBIENTES

En el año de 1923 realiza su examen de ingreso en el Bachillerato, estudios que comienza al curso siguiente en el Instituto de la capital de la isla adonde se ha trasladado su familia. Su padre ejerce ahora como maestro en el barrio de San José y su familia reside en la calle de López Botas, n.º 20 del barrio de Vegueta. Años más tarde la familia viviría un nuevo traslado al barrio de Triana, a una casa de la calle de San Bernardo (hoy n.º 21) cercana a la esquina con la de Pérez Galdós.

En 1932 logra obtener su título de Bachiller tras unos años más ricos en autoaprendizaje callejero y bullicioso con sus amigos que en horas dedicadas al estudio, pues, antes que estudiar, Francisco prefería pasear por las calles de Vegueta; o hablar con las gentes humildes del Risco; o leer a Tomás Morales a orillas del mar con Francisco Rodríguez Cirugeda y Santiago Santana; o entusiasmarse con los partidos de fútbol del Marino y el Victoria, con las peleas de gallos o con la lucha canaria.

Don Miguel Guerra, el padre (que murió a principios de los años 30), desaprobaba la conducta un tanto bohemia de su hijo Francisco y su desinterés por los estudios; y no sólo por razones derivadas de su seria y responsable condición de maestro sino porque la educación que el matrimonio Guerra Navarro dio a sus hijos fue bastante severa y recta, inculcándoles sólidas ideas religiosas. De entre sus hermanos, Francisco con-



N.º 124.

A Director del Instituto general y Técnico de Las Palmas

D. Francisco Guerra Navarro, natural de San  
Borje de Girona, provincia de Barcelona, de cator-  
ce años de edad a V.S. respetuosamente expone:  
Fue muy indolente convenientemente preparado para  
ma ingresar en la 2.ª enseñanza.

Suplica a V.S. se digné admitirle a los próximos  
exámenes.

Gracia que esjerna merecer de V.S. cuya  
vida guarde Dios muchos años:

Las Palmas, 31 de Agosto de 1923

Francisco Guerra Navarro

Don Francisco Guerra Navarro

oficial  
de la Administración de Propiedad de los terrenos de dominio público, he  
constar que el anterior documento, que me fue presentado el día 31 de Agosto  
de 1923, y presentado a  
esta oficina el 31 de Agosto de 1923, que extendido  
en papel común y sellado con un sello de color rojo y un sello de color verde.

Y en cumplimiento de lo previsto en el artículo  
7.º de la ley del Timbre del Estado, caticando la presente  
diligencia en Las Palmas a 31 de Agosto de 1923

(R. O. 31 Agosto 1920)

Francisco Guerra Navarro



Presente en el aula personal de 11:00 a.m.,  
mes 28, 614, expedida en esta Ciudad de 37  
de Agosto siguiente.

Las Palmas, 31 de Mayo de 1923.

El Oficial de la Secretaría  
M. José Buitrago

INSTITUTO VETERINARIO Y HIGIENO DE LAS PALMAS

Se  
Marina  
al

Francisco Linares

Amor

21

Septiembre

Al Director,



En toda la venta se guardaba  
un grande silencio; solamente no dormian  
la hija de la ventera Maritoni, su criado; las  
cuales como ya sabian el error de que se que-  
jaba Don Quijote y que estaba fuera de la venta  
armado y a caballo haciendo la guardia

48 425 874  
- 8 500 89  
627

En el examen de este día, obtuve la calificación  
de // Aprobado. //

Las Palmas, 22 Sept. 1923.

El Oficial de la Secretaría

Miguel José Buitrago

geniaba especialmente con Maruca, quien, muy unida a la institución javeriana, con el tiempo marcharía a Madrid, donde le sirvió de gran compañía. Similar cariño sentía por los hermanos más cercanos en edad, Dolores y José. Por doña Carmen, la madre, persona delicada de salud, sentía Pancho una gran debilidad y con ella se sentía completamente a gusto.

A Tirajana iba durante las vacaciones. Por el día solía sentarse en la zapatería que estuvo instalada en los bajos de su casa natal para hablar con las gentes del pueblo y tomar nota de su vocabulario, sus modismos, sus expresiones y sus anécdotas. Por las tardes y algunas noches gran número de sus familiares y amigos se congregaba frente al número 2 de la calle del Rosario, junto a la iglesia, en sillas que procedían de las casas de los alrededores. Allí las niñas de Hidalgo (Dolores y Magdalena), Carmela Ojeda, Concepción Hidalgo y su hermano Juan, Salvador Gil Monzón (el médico de Santa Lucía), Antonio Macías, la familia Yáñez, los Falcón... charlaban, contaban anécdotas, reían... Francisco, que tocaba muy bien el timple y la guitarra, cantaba y a veces iba de serenata por la Villa.

Durante los largos períodos capitalinos, la personalidad a la vez que acogedora y alegre, observadora y reconcentrada de nuestro personaje, propiciaba que en la vivienda familiar de la calle de López Botas hallase enorme disfrute a solas en un cuarto situado en la azotea en donde solía tocar y cantar acompañado de su timple o su guitarra.

En 1930 Francisco Guerra se incorpora a la redacción del *Diario de Las Palmas* y entre colaboraciones en la prensa, investigaciones, creaciones literarias, actividades culturales, estudios —inacabados— de derecho, nuevas colaboraciones en el semanario *Noticiero del Lunes* y trabajos eventuales en la librería que Paquita Mesa tenía en la calle de Muro, transcurren los años; algunos no fáciles, precisamente, como los que rodearon y siguieron a la guerra civil que finalizó en 1939.

En esos años —antes y después de la guerra— Pancho jugó un muy destacado papel en la intensa vida cultural de la capital de la isla en estrecho vínculo con los amigos de la *Escuela de Luján Pérez* y la *Sociedad Amigos del Arte “Nestor de la Torre”*, grupos de inquietos artistas en los que nuestro autor se sintió perfectamente integrado.

De obligada referencia es ahora el nombre de Paquita Mesa, interesante e inquieta personalidad en quien Pancho halló una perfecta afinidad espiritual basada en paralelas afinidades artísticas: el amor al teatro, a la música, a las escenificaciones de muy diversa índole, el gusto por lo popular y lo auténtico... Con Paquita colaboró Pancho componiendo y poniendo letra a bonitas canciones (por ejemplo, la deliciosa “Barquito velero, que vienes y vas” o “Somos costeros”) y llevando a cabo “puestas en escena” con dirección de Pancho o conjunta, decorados de Santiago Santana o de otros artistas de la “Luján Pérez” y de las que era Paquita primera actriz: *La sirena varada*, *Bodas de sangre*, *El abanico de Lady Windermere*, *La Umbría*, *El camino de los príncipes*... La *Sociedad Amigos del Arte*, bajo el nombre y la huella del gran músico que le dio nombre y la colaboración destacada de Néstor Martín Fernández de la Torre, el genial pintor, llevó a cabo una gran labor cultural y artística con tan interesantes como avanzadas actividades de teatro y música: desde textos como los citados a festivales poéticos-musicales y puestas en escena de revistas (como la dedicada al “Bolero” de Ravel o el espectáculo de la “Noche romántica” a partir de la música del “Vals Triste” de Sibelius) hasta la atractiva escenificación de populares zarzuelas, entre las que hay que destacar aquella de *La Verbena de la Paloma*, que el autor evoca como de “recuerdo perenne” en uno de sus escritos de los años madrileños, destacando en el recuerdo a sus principales intérpretes femeninas. En esa evocación resalta también el nombre de las regidoras de la Sociedad en aquel momento, Encarnación Millares (Cachona Millares) y Paquita Mesa.



*Foto familiar. Tirajana, febrero de 1940.*

## RESIDENCIA EN MADRID

En 1947 decide irse a Madrid, quizás por recomendaciones de su amiga Paquita Mesa y animado por un empleo burocrático que su amigo Agustín Miranda Junco —ligado a la Dirección General de Trabajo— le había proporcionado. Nuestro autor esperaba hallar en la capital nuevas expectativas que le permitieran darse a conocer, escribir, publicar, conectar con otras gentes y con otros mundos. Pero las cosas fueron más difíciles de lo que esperaba. Carmen Laforet y Manuel Cerezales le buscaron trabajo en el periódico *Informaciones* del que Cerezales era director y donde estuvo como redactor y colaborador literario. La publicación de sus primeras obras y su vida bohemia le permitieron hasta última hora tan sólo mantener un cuarto de realquilado y hacer escasos viajes a Gran Canaria, especialmente por Navidad. En el plano personal, sin embargo, su carácter bondadoso, su humor y su fina ironía le hicieron acreedor de las mejores simpatías y amistades. Los canarios (los de paso por la capital o los instalados en ella) se reunían con frecuencia: Carmen Laforet, Vicente Marrero, Antonio Arbelo, Paquita Mesa, entre otros. En los primeros años de Madrid, solía reunirse con los canarios que allí estudiaban para charlar y comer en los alrededores de la plaza del Callao; o para tomar café en *Zahara*, o en *Varela* (calle de Preciados), lugar concurrido por poetas e intelectuales; también asistía a otras tertulias con isleños como Pepe Mesa, Polo y Del Castillo y frecuentó el Hogar Canario, cuyas conmemoraciones y agasajos hallaron reflejo en las páginas de sus crónicas. En una de ellas, enviada desde la capital al *Diario de Las Palmas*, deja constancia de “una gozosa tarde isleña en el alto Madrid”, entre calor de amistad, sones de timple (“gallito *mariscal* de muchas peleas; *quíquere* musical; breve, requintada e infalible palanca de todas las escalas de la alegría”) acompañado de la voz “torrencial y brillante de Alfredo Kraus cuyas isas levantan los pies del suelo”, que fue “perfecta consolación para el *maguado* hombre insular, que entre *margullos* y *baladeras* va

librando el fuerte *jalío* de la *sangoloteada* marea que es la ciudad”.

Durante estos años, la reescritura de piezas teatrales anteriormente escritas, la adaptación a este género de textos en principio narrativos, la redacción de nuevas obras y el abundante material que recopila para la elaboración de un ambicioso proyecto de compilación del léxico popular de Gran Canaria, son trabajos que ocupan el tiempo y el empeño intelectual de Francisco Guerra.

En los últimos años de su vida, la bohemia que le había caracterizado fue abandonándolo y, en cierto modo, comenzaron a verse transformados sus hábitos vitales. Al parecer llegó a pensar en casarse; y logró hacer realidad el cambio del “rincón de su cuarto de eterno realquilado” por un piso en condiciones que pensaba inaugurar con sus amigos y en donde tendría ocasión de mostrar sus trabajos recientes y sus versos (desgraciadamente perdidos). Pero, inesperadamente, el 3 de agosto de 1961 y durante una sesión de cine sufrió un ataque cardíaco que no logró rebasar. Poco después, en el “Hogar Canario” de Madrid, sus amigos —con Antonio Arbelo a la cabeza— constituyeron la “Peña Pancho Guerra” que se propuso “como tarea fundamental la publicación de toda la obra, inédita o dispersa, del amigo desaparecido”, en palabras de F. Rodríguez Cirugeda.

María Dolores de la Fe, que conoció a Pancho en sus últimos años canarios y que tuvo la fortuna de coincidir con él en Madrid al calor de la amistad de Manuel Cerezales y Carmen Laforet, nos lo describe como una figura quijotesca, alta y delgada, con cara alargada de labios muy finos y personal bigote recortado. Destaca de él una especial timidez que lo convertía en hombre de pocas palabras pero agudísimo observador al que nada escapaba y una personalidad exquisita, educada y muy culta cuya aparente seriedad exterior escondía a un sanísimo “mataperro”. Era también hombre despacioso y reflexivo

nador, tardo sobre todo a la hora de escribir porque, como dice Rodríguez Cirugeda defendiéndolo de las constantes autocensuras respecto a una proverbial pereza, teniendo la imaginación muy viva y la palabra pronta no fue, sin embargo, hombre de pluma fácil y sí de gran exigencia de creación personal.



# PERSONALIDAD Y LITERATURA



Francisco Guerra Navarro ("Pancho Guerra" desde 1929, adaptando su nombre familiar como identificación literaria) es uno de los escritores canarios modernos más interesantes además del más alto representante de nuestra literatura popular de todos los tiempos.

## PERIODISMO Y LITERATURA

Fue un agudo periodista inteligente e inquieto (nos sorprende aún el cuidado y la pulcritud de algunas páginas que en la prensa cuidaba) a quien gustaba enormemente su oficio, sin duda por las especiales condiciones de inmediatez y frescura del producto literario que en el medio se gesta; seguramente, y además, por el ambiente un tanto bohemio y anárquico consustancial a las redacciones que tan bien conjugaba con la inquietud natural de su temperamento.

Periodismo y literatura son muy difíciles de separar en el caso de Pancho Guerra porque en las páginas de los periódicos (sobre todo en *Diario de Las Palmas*, y en el semanario *Noti-*

*ciero del Lunes* —antes y después de la guerra española) vio la luz primera casi toda su colección de cuentos populares, historietas y cuadros de costumbres que surgieron con la espontaneidad y la inmediatez propia del medio y que más adelante fueron agavillándose en publicaciones monográficas. En esos periódicos realizaba labores de redacción y también de colaboración que aparecieron firmadas con distintos seudónimos, como *Francis, Roque Nublo, Doramas, Roque Morera, Monagas...* Posteriormente, en el *Informaciones* de Madrid, fue repórter ocasional de apuntes ciudadanos y —especialmente— realizó la labor de cronista de la Audiencia madrileña, por la que mereció el premio nacional “Manuel Tercero”.

Observando la colección de los escritos periodísticos de Pancho Guerra que compiló para su publicación Manuel Cerezales, podemos apreciar como envoltente común de su escritura el reflejo de una personalidad especialmente dotada para captar los rasgos esenciales de los individuos populares y para reproducir sus hablas características en escenas y diálogos.

Así, en su labor de cronista del *Informaciones*, lo que podría haber sido simple crónica periodística basada en una descripción fiel y escueta de los hechos y su resolución judicial final, se convierte en animadas narraciones que interpretan para el lector una visión más amplia de la realidad con abundancia de matizaciones personales y ricas en diálogos directos y plásticos.

Ya los títulos atrapan con su peculiar atractivo: “De como un perro chico puede convertir en homicida a su dueño”, “Eran dos basureros, uno romántico y el otro pícaro”, “Pequeña historia de una criada ladrona”, “No era fabricante, no era almacenista, no era comisionista, no era nada”, “Ojo, vecinos, con los que ofrecen pisos”, “El horrendo crimen de Manganeses de la Lampreana”... En el desarrollo de las distintas historias resalta la diversidad de los planteamientos iniciales de la misma y su tratamiento (“el caso literario”, podría-

mos decir) en contraste con los finales escuetos y “profesionales” atados a informar del resultado de cada “caso judicial”. En la diversidad de esos planteamientos iniciales podemos hallar ejemplos de abordaje directo, pero no convencional, del tema; o presentación del mismo escondido tras el diálogo vivo; o rodeo interpretador del literato para situar situaciones y espacios. En ellos y en el desarrollo de la anécdota cotidiana que relatan, las crónicas del *Informaciones* traslucen las cualidades de un observador tan agudo como irónico y tan compasivo como comprensivo ante los enredos de la vida diaria que la Audiencia madrileña le obligaba a observar. En la forma literaria de esas crónicas es fácil reconocer al periodista espontáneo y natural que escribe acuciado por el tiempo junto al escritor expresivo y ameno que reproduce sus modos literarios de siempre y en ellos deja asomar sus veleidades canarias: como endosar la letra de una de nuestras más conocidas coplas (“Ojos que te vieron ir/ por esos mares afuera/ cuando te verán volver/ para alivio de mis penas”) como ejemplo de conducta de unos pícaros madrileños.

Veamos algunas muestras de primeros párrafos de estos textos:

He aquí un crimen que está pidiendo el ciego romancero, el cartelón de broncas, aleluyas y el corro grande y pasmado. Antes de los “sesenta iguales para mañana” lo hubiéramos visto en el tecnicolor del papel y oído por la voz patética del trovador de feria.

Ingenuamente considerada, la cosa es de las que hacen hablar a las piedras. Si usted tiene un perro y al tiempo la mala suerte de que rabie y muerda a alguien con tan mala pata que del mordisco se muera, usted será considerado friamente por la justicia como homicida.

Pues yo tuve un retirado hace bastante tiempo que me “jorobaba”, ¿sabe usted? —nos decía un señor con el que por azar comentábamos la sentencia que ocupa esta crónica—. ¿Y sabe usted lo que hice para “palancarlo”, o séase para que se “mandara mudar”? pues le quité a la casa las ventanas. Que corriera el aire, ¿entiende? ¡Excuso decirle que...!

¿Sabía usted, ciudadano lector, que si encuentra una cosa de esas que pierden los muchos despistados que en el mundo hay, tiene usted derecho a un tanto por ciento de su valor? Pues sí.

Anotemos por último la curiosidad de una crónica vertida en directo diálogo teatral con acotaciones incluidas:

La acción, en Lugo. (...) Corre el año 1953 y hace calor porque estamos a 21 de julio. (...) Personajes: el ciudadano don Manuel Laredo Castro; dos chavalas hijas suyas; doña Carmina Lorenzo y varios vástagos... (...).

Doña Carmina (a una rapaza de don Manuel): Haz el favor de quitar los pies de ahí para podernos sentar.

La rapaza: No señora; no los quito.

Doña Carmina: ¿Y luego...?

(...).

Los reportajes madrileños del *Informaciones* presentan retazos y anecdótico de la vida de Madrid que Pancho sabe hacer atractivos añadiendo al tema gracia y soltura de pluma. No falta en ellos el protagonismo de las islas, según puede comprobarse en algunos textos, como uno muy atractivo que dedica a la derrota de Nelson en Tenerife.

Los artículos enviados al *Diario de Las Palmas* desde Madrid contienen para el lector canario un triple interés añadido: comprobar la nostalgia de la tierra y de los "entrañables fondos de la memoria, rincones donde abundan los recuerdos de un tiempo irrecuperable y grato" que el autor siente; conocer, recreadas, vivencias madrileño-canarias del autor (en el Hogar Canario, en los homenajes, en las reuniones entre paisanos); y comprobar, mediante sus evocaciones o sus constancias, filiaciones y admiraciones pasadas o presentes: (Galdós, Claudio de la Torre, Carmen Laforet...).

## GENIO PERSONAL Y LITERATURA

Más difícil aún resulta separar en nuestro autor genio personal y literatura pues las esencialidades del uno están perfectamente reflejadas en el sucesivo desarrollo de la otra.



*Concurso de Mises en el Torrecine. Las Palmas de Gran Canaria, 1973.*

Formado en un entorno familiar con el don especial de la gracia —o el gracejo— en el hablar y el referir, Pancho Guerra estuvo dotado de una innata capacidad de observación y de una extraordinaria facilidad de asimilación de lo observado. Desde los años de su infancia y adolescencia en la zona rural de San Bartolomé de Tirajana y su entorno —su entrañable Tunte— y en los distintos barrios de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria —especialmente en la plaza del mercado adonde llegaban las gentes del campo—, nuestro autor fue impregnándose (absorbiéndolos como una esponja, seguramente de manera inconsciente) de los entresijos más profundos del ser canario, de sus modos de actuación deducibles de innumerables “historias” locales, de la particular manifestación de sus maneras y costumbres, y, de manera destacada, de su habla local característica, especialmente en sus modalidades rural y vulgar.

Esa temprana curiosidad observadora iba dirigida sobre todo hacia las gentes humildes de su tierra grancanaria, las más auténticas por espontáneas. El futuro escritor contemplaba incansablemente a las gentes campesinas, en las fiestas o en las jornadas de la diaria labor; a las ciudadanas que pululaban en los barrios extremos de la ciudad, desde el Risco a la costa; a las que paseaban las calles de Vegueta pintorescas y amodorradas; a las que viajaban de Las Palmas al Puerto con morosidad resignada y vitalista; a las que poblaban la Isleta; a las que contemplaban entre asombradas e indiferentes a los turistas que ocupaban las despaciosas tartanas. Observaba el mocerío que abigarraba las fiestas del campo o la ciudad; al *campurrio* que ejecutaba cambalaches y trafiqueos en los alrededores de la plaza del mercado con su inevitable sombrero negro ladeado y su “virginio” apagado en la comisura de los labios; al público enfervorizado de las luchadas, de las peleas de gallos, de los choques enconados entre los rivales futbolísticos “Marino” y “Vitoria”. En esta contemplación fotografiaba mentalmente gestos, “camangos”, posturas típicas, desplantes; y registraba voces, entonaciones, “caídas” y expresiones características. Era una observación interesada y consciente, tan amo-

rosa como irónica y tan enternecida como distante, envuelta en una mirada comprensiva y complacida y dispuesta en un gesto de media sonrisa entre burlona y cómplice. Poco a poco, casi sin darse cuenta, con perfiles esencializados de aquí y de allá, iba cincelándose la figura de "Pepe Monagas" en su tridimensionalidad de volumen, gesto y voz; también iban tomando cuerpo las primeras anotaciones de lo que llegaría a ser el *Léxico popular de Gran Canaria*. Además, encuadrando escenas y ambientes, anotando gestos y expresiones, iba conformándose la textura plástica que alcanzaría entidad literaria en sus *Entremeses*.

## LA FORJA DE UN ESCRITOR

Importantísimos fueron para su despertar literario los años de formación en el Instituto de Bachillerato, complementada en otros enclaves culturales de la ciudad como la amena tertulia que se reunía en el Parque de San Telmo por los años 27 donde se intercambiaban y comentaban lecturas y donde se organizaban actividades artísticas con Penichet, Padrón Hernández, Rodríguez Cirugeda y otros.

De excepcional importancia es su relación con la *Escuela de Luján Pérez*, con los maestros (Domingo Doreste, "Fray Lesco") y con los alumnos (Felo Monzón, Plácido Fleitas, Eduardo Gregorio, Santiago Santana). Allí pudo sedimentar artísticamente su antigua afición a las cosas y las gentes populares, aprender a valorar lo canario a partir de los tipos y formas más significativas, y también —como los aprendices de escultores y pintores— estudiar nuestras esencias directamente del natural para luego asumirlas y convertirlas en arte netamente canario. Sin duda, también allí debió reflexionar sobre la libertad que debe presidir siempre la obra del artista. Muchas horas debió pasar en los primeros locales de la Escuela, en la calle de García Tello primero y la plaza de Santa Isabel después.

En los años del Bachillerato y en la revista estudiantil *Estudiantes* (1928), aparecieron las primicias literarias de Guerra Navarro: en el primer número, unas coplillas festivas firmadas con el seudónimo de *Simplicio Panduro* y un cuentecillo de tema isleño lleno de gracia y frescura cuyo protagonista, Justo, es un esbozado anuncio de "Pepe Monagas"; en el segundo número (y último), un nuevo relato también de tema costumbrista y popular firmado por *Pancho Pitouto*. En esos mismos años se manifiesta el interés de nuestro autor por los tipos, modismos y expresiones populares que se plasman en una proyectada excursión veraniega por las fiestas isleñas: Tunte, San Miguel de Valsequillo, San Roque de Firgas, el Pino de Teror... De ella saldría una nutrida colección de fotos que inmortalizaría para la posteridad los tipos más característicos de los "maúros" de la isla en sus más peculiares poses.

Con el paso de los años, este precioso material, ya parte consustancial en la personalidad de Pancho Guerra, fue sedimentado con el distanciamiento necesario para devenir material literario. Nada de esto hubiera sido posible si a los dones innatos ya señalados en la personalidad de nuestro autor, no hubiera podido añadirse una singular capacidad de expresión escrita y unas cualidades excepcionales de "retratista de la pluma".

En su etapa insular, la vocación narrativo-plástica de Pancho Guerra despega en los cuentos que el *Diario de Las Palmas* y, sobre todo, el *Noticiero del Lunes* van publicando semanalmente. Todas estas narraciones tienen como único protagonista a su simpático personaje "Pepe Monagas", que había ido formándose (antes de ser bautizado) entre tramoyas teatrales para entretener al público en los entreactos de las actividades artísticas del Pérez Galdós. El personaje hace famoso a los cuentos y estos, en su sucesión, van redondeando la figura del personaje.

Cuando "Pepe Monagas" salta con su autor a la Península, lejos de perder fisonomía isleña, ésta se acendra y se adensa;

en aquel medio y al confrontar el primigenio material canario con modos y maneras foráneos, el autor redondea una y otra vez el contorno de su criatura llevado de una poco común exigencia. Porque Pancho Guerra, hombre de apariencia grave y seria, agudo observador lleno de gracia y simpatías personales, de “chispa” fácil y espontánea aunque poco locuaz, llegó a ser escritor profundamente comprometido con su oficio que pulía y pulía su escritura con tanta lentitud como rigor cuando de traducir en clave literaria su gracia personal se trataba. Los resultados se concretan en el perfecto acabado del prototipo isleño que protagoniza los *Entremeses* y cobra genio y figura en la redacción de las *Memorias de Pepe Monagas*, obra ésta en la que el escritor alcanza su más alto nivel artístico. Se concreta también en los textos teatrales alejados del folclore canario —aunque no de su ambiente— interesante muestra de un nuevo camino creador alejado del popularismo humorístico, muy imbuido de poesía y con recios aires lorquianos que, por desgracia, no halló continuidad.





## LA OBRA



La obra publicada de Pancho Guerra —prosa periodística aparte— consta de unos títulos concretos de tema folclórico popular canario: (*Los Cuentos famosos de Pepe Monagas*, los *Siete entremeses de Pepe Monagas*, y las *Memorias de Pepe Monagas*), de un trabajo de recopilación léxica (el *Léxico popular de Gran Canaria*), de unas comedias no folclóricas aunque sí de ambiente rural canario (*Tres lunas rojas* y *Romance del forastero y la novia*), y de un divertimento metateatral (historia teatral en el teatro) de línea muy concorde con los aires innovadores del teatro de la época (*¡¡Seamos alegres!!*).

En una consideración general, la totalidad de su obra se apoya en tres pilares básicos que son, desde fuera hacia adentro: un entramado muy plástico y efectista (aún en la obra narrativa), un telón de fondo de gran ternura y evidente lirismo, y un aroma dominador de profundo amor a lo canario. Todo ello aparece envuelto en el más atractivo y personal de los lenguajes.

## LOS CUENTOS FAMOSOS DE PEPE MONAGAS

Las narraciones de tema canario (en las que conviene ahora incluir los *Entremeses*) se enmarcan en los ámbitos de la cuentística tradicional y folclórica de las islas y en la literatura de humor isleño que, respecto a nuestro autor, conoció predecesores y ha tenido igualmente continuadores. Iniciando la andadura del tema, conviene recordar a los hermanos Luis y Agustín Millares Cubas que, en el conjunto de sus composiciones —levemente cuestionadoras, apenas pasivamente rebeldes—, trazaron los perfiles y las maneras de las gentes de una ciudad concreta, Las Palmas de Gran Canaria, adormecida y melancólica, despaciosa y recoleta. Algo más cercanos en el tiempo y ya en el marco de la distorsión por el humor, es inevitable recordar los fustigazos —también ciudadanos— de Alonso Quesada, que en sus muchas *Crónicas* periodísticas deja caer sobre los individuos de su propia sociedad la denuncia dolorida, casi siempre agria y dura aunque no exenta de toques leves de ternura en sus entresijos. En la relación Pancho Guerra-Alonso Quesada no podemos dejar de citar un expresivo texto de D. Simón Benítez en que enlaza a Monagas con personajes del Alonso cronista para trazar un aspecto de su atractiva “Acta de Nacimiento de Pepe Monagas”:

Vivía Pepe Monagas en su casa del Risco, dedicado a sus mil enredos y trapacerías, sin que nadie parase en él la atención. Alguna vez hablóse de sus buenos golpes en la botica donde Robaina, Chirino, Fabelo, Galindo, Camejo y don Felipe Centeno vertían sus comentarios de la ciudad y de la noche que, sorprendidos por el malogrado poeta “Alonso Quesada” constituyeron la crónica humorística isleña de fina gracia insuperable.

### “PEPE MONAGAS”

Nuestro Pancho Guerra es, sin embargo, otra cosa. En primer lugar (y no es poco) por la creación de “Pepe Monagas”: todo un símbolo; estereotipado, eso sí, pero personaje de fic-



*Viñetas realizadas por Felo Monzón para ilustrar una edición antológica de los cuentos de Pepe Monagas. Madrid, 1969.*

ción reconocible por los canarios como reflejo propio aunque contemplado desde la perspectiva humorística de un espejo deformante.

“Pepe Monagas”, natural de Tunte y criado en su entorno, residente luego en el barrio capitalino del Risco de San Nicolás (*“Pepillo Monagas vivió una partida de años, hasta que fue un pollancón, en los alrededores de Santo Domingo. Casado ya, fue cuando se mudó para el Risco, de donde era, nacida y criada, mi comadre Soledad”*) y paseador incansable por todos los rincones de la isla de Gran Canaria, concentra en sí el aroma agreste de los pagos de tierra adentro y el salitre de los barrios costeros de la ciudad, la entraña campesina y la idiosincrasia ciudadana. “Pepe Monagas” exhibe su figura deformada y grotesca, sonriente y bonachona, sin criticar y sin denunciar, sin tenebrismo alguno, dejando al descubierto en sus actitudes y sus ocurrencias una personalidad vitalista y práctica, benévola, tolerante y nada interesada, que evita líos y compromisos, que defiende a ultranza su libertad personal basada en el precepto básico bien envidiable de hacer siempre lo que le da la gana.

Más bien feo que bonito (dice de él el narrador) con las narices sobre el chorizo del país y la boca sobre la alcantarilla, Pepe tenía, no obstante, un reburujón, un muñequero, un déjame entrar, parecidos a la guindilla, que sonsa, sonsa, se va dejando dir pal pie y acaba desmayando y encendiendo a la vez. Risueños y brillantes los ojos, listo el pico, tanto para arrullar como un palomo buchudo, como para soltar un dicho atómico; atrevidillo por otra parte, y con tino para saber cuándo cuadra engodo y cuándo cabe lance, mujer a la que echaba la tarraya era mujer lista.

(...) Pepe ha vivido siempre al día, más con el cielo y la tierra que con dineritos en cantidad, que ni sabría ganar con afanes y complacencia de hormiguita, ni podría, como ésta, retener.

(...) Ciertamente que era inclinado a cargar trasero, escurriéndole el bulto a trabajos “retundidores”, como él decía; pero cierto también que se las agenció siempre para que no faltaran en su bolsillo el par de pesetas y en su casa potaje, aunque fuera de enredaderas. Desde cortar y trabar aretes para los turrónes, hasta endengar la más aseada trampa de luz, de cada cosa sabía Monagas un pizquito.

Pero además, Pancho Guerra, en los entresijos geniales de su "Pepe Monagas", dejó cristalizar, ya desde la nostalgia, el pasado inmediato de su isla. Leamos lo que dejó escrito al respecto Aguilar y Paz en uno de los prólogos de las publicaciones de la "Peña Pancho Guerra":

El Autor nos trae de la mano a "Pepe Monagas" en el preciso tiempo en que la Isla cambia su ritmo vital. O sea, cuando pasa de un vivir despreocupado, divertido, ocurrente a un vivir preocupado, serio, masivo. O un contemplar, en la dulzura de un clima y templanza del mar, a un azacaneo y trabajos excesivos. De una libertad ante las necesidades innecesarias a una servidumbre a las innecesarias necesidades. (...) Pancho Guerra (...) nos quiere dar una lección de humor que nace del contraste de dos mundos. El uno presto a morir, el de la libertad individual, el de "porque me da la gana", de la independencia, y el otro de la colectividad, de la masa, de las obligaciones (...) Pepe Monagas es el último guiño de una sociedad que definitivamente acaba.

En efecto, en momentos bien difíciles, cuando la vida isleña iba siendo muy otra, Pancho Guerra sacó a "Pepe Monagas" de la masa anónima de la gente sencilla grancanaria, lo vistió de risquero malicioso y socarrón y lo retrató desde el encuadre de una personalísima cámara fotográfica cuyas lentes atractivamente deformadoras distanciaban la imagen real, matizando el posible dolor. Allí, enfocado su personaje desde todos los ángulos (a veces dándole la vuelta de dentro hacia afuera), añadiendo sucesivos telones de fondo al retrato según las distintas tonalidades y ambientes, realizó la película de su vida y milagros. En ella dejó apuntalada para siempre la singularidad de un tipo humano, e inmortalizada para la posteridad una existencia resignadamente conformista de "irresponsabilidades responsables" que ya iba pasando a la historia y un mundo apacible y sencillo que ya se desmoronaba.

Corrían otros tiempos [en esta historia], los tiempos en que la calderilla escaseó más que la vergüenza. El menudo, el cambeo, las perras sueltas apenas circulaban. Tomarse una copa, coger una guagua, recibir la vuelta de un duro, se había convertido en una vaina (...).

Esta verídica historia (...) se desarrolló antes de la Patronal de Jardineras Guaguas, cuando cada chófer era amo y señor de su vehículo, y las paradas estaban donde usted, viajero, quería. “¡Apare en la esquina, Juanito!”, se le decía al chófer, y cada cual se quedaba donde le iba cuadrando. Daba gusto, no como ahora.

Corrían los tiempos en que la rúa principal tenía adoquines en lugar de asfalto, que luego lo pusieron para que la pollería que la pasea en la tardecita arriba y abajo, entre la calentura de los guagueros, pudiera arrastrar mejor los zapatos.

Hoy, aún reconociendo en la imagen filmica la tonalidad sepia que da el pasado y tal vez contagiados de la misma nostalgia de Pancho Guerra los canarios que revivimos la película seguimos sorprendiendo el tesoro de nuestras cada vez más lejanas esencias en las que aún podemos reconocernos, no siempre sin pesar.

La película que “Pepe Monagas” protagoniza no es muda, y en la cinta sonora que la acompaña intentó Pancho Guerra dejar registrado lo más idiosincrático del habla popular de la isla de Gran Canaria en sus modalidades de campesina, risquera y marinera según el ambiente que quiere, en cada momento, individualizar. Los diálogos de los distintos personajes (en especial el habla del protagonista) registran un muy particular modo de expresión tan atractivo por lo variado del vocabulario —directo y espontáneo al mismo tiempo que rico en usos de doble sentido o juegos intencionados de significaciones— como por el atractivo de las expresiones sorprendidas muchas de las veces en su transcripción gráfica desde la fonética —desde “como suena”—. Con esta práctica —que no ocurre en todos los casos, tal vez porque su uso continuado incidiría negativamente en la claridad y la agilidad de la lectura— y aunque reconozcamos la transcripción deformada desde la hipérbole, Pancho Guerra deja registrados los sonidos más característicos del habla popular grancanaria, con sus aspiraciones, sus nasalizaciones, sus elisiones o pérdidas de sonidos, sus trasposiciones fónicas, sus trastueques de vocales o consonantes, sus expresiones características... En ejemplificación

mínima: “éche-se un *enyeaque*”; “me tieneh *jarta*”; “y el compadre dió al *usgado*” (por “fue al juzgado”); “*¡ji jiñóoo*” por “sí señor”, con cadencia final incluida; “vamos a darle *güertas a la plaja Jantana*”; “*caa cuar es caa cuar*”; “*pos no jaga usted por ónde*”; “*golvinos dimpuéh a ca los indios*”; “¡qué *vel-güensa!*”; “*sin fartá, amigo*”; “*¡pos está gueeeno!*”; “*¡mira a vé, chacho!*”...

## LOS TEXTOS

Los cuentos de “Pepe Monagas”, tras su sucesiva aparición semanal en el *Diario de Las Palmas* y en el *Noticiero del Lunes*, se reúnen en forma de libro por primera vez en 1948, en Madrid, merced a “los generosos e incoercibles estímulos de Tomás V. Christensen” (marido de Paquita Mesa) y al apoyo de Agustín Miranda Junco “a quien debo tanto o más que pudiera deberle a un hermano de sangre”, según dejó escrito el autor en la introducción que escribió para la publicación de las *Memorias de Pepe Monagas* en 1958. Aparecieron con el título de *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*, “sacados en papeles” por Roque Morera (seudónimo del propio Pancho Guerra) y con un recuerdo personal a Alonso Quesada en la solapa. Luego, y ya tras la muerte del autor, fueron publicándose en cinco colecciones al amparo de la “Peña Pancho Guerra”, aquel grupo entrañable de amigos acercados por el dolor de su prematura muerte.

Son todos los cuentos sucesión de cuadros dialogados independientes entre sí, ricos en color, en movimiento y en fuerza cómica. Están conducidos por un narrador que no disimula la personalidad del autor tras el disfraz literario y el atractivo, colorista y socarrón lenguaje. Este narrador no sólo conduce personalmente los hechos sino que, totalmente involucrado en los mismos, deja oír su comentario irónico o se dirige a un lector amigo —con nombre propio o sin él— con quien sintoniza en conocimiento común de lugares y situaciones (“¿*Te acuer-*

*das, Juan Rodríguez Doreste, y te acuerdas, Miguel Navarro Jiménez, de aquel hermoso grito que daba el de la "manija" en el camino de Los Reyes "¿¡Va pa Terde!?"*. O *"...Una tal Carmita que venía siendo de aquí del Madroñal..."*

El protagonista central siempre es Pepe Monagas: núcleo del relato, en la mayoría de las veces; simple espectador "colado" en el mismo, en otras; en alguna ocasión, mero instrumento al servicio del narrador.

Los cuentos comienzan, generalmente, presentando personajes y tema para luego dejar paso al diálogo.

Turistas en Puerto. Un barco con gente de pa fuera, grande y rubia, los hombres con cara de duraznos pelados, las mujeres cepilladas y caminando a zancajos. Monagas sale del muelle, sentado en el pescante de su tartana, con la cara optimista y el rebenque suspendido. Atrás, de viajero, viene un mister con cara de niño grande, le cruzan del pecho dos correas, de una de las cuales cuelgan dos anteojos y una cámara fotográfica de la otra.

En el desarrollo de la narración, y con gran frecuencia, pueden insertarse otras historias ajenas a la principal. Terminan los cuentos, indefectiblemente, con un agudo, malintencionado o juguetón remate verbal, es decir, una chistosa "caída" del providencial personaje; como ésta, algo especial porque es el juego literario del autor el que le da verdadero efectismo humorístico:

Aquí, usted, paisano, que está leyendo esta historia cierta, entra la caída del compadre Monagas, porque hemos llegado al final. Pero yo no puedo estampar al pie de la letra lo que Pepito le dijo a Venturita el Taita antes de tirarle la puerta en los besos al modo como rompe la mar en los muros del Parque. Lo siento, pero ¡las cosas, amigo! Únicamente puedo decirle lo que comadre Soledad dijo a su marido cuando volvió al catre matrimonial: —¡Mejor jablaras bien, descarao, que vas a entrar en los infiesnos por mor de esa lengua de tuneras coloraas...!

En los textos, narrador y personaje, nada desentonados, trasantados uno en otro, rivalizan en atractivo y gracia. Ambos se expresan en un habla coloquial expresiva y recurrente: popu-

lar, vulgar y de deformada fonética la del personaje; más correcta pero plena de espontaneidad y de agudeza, de chispa efectista y de quiebros dialectales la del narrador. Poco a poco va imponiéndose el narrador al personaje y en la lectura sucesiva de los cuentos nos va interesando más la gracia de la descripción de los ambientes y el acabado de situaciones y siluetas que la palabra chistosa de "Pepe Monagas". En la sublimación artística de los cuentos que son las *Memorias de Pepe Monagas* la criatura apenas habla; es el narrador, Pancho Guerra, subsumido en él, el que lleva la voz cantante. Y gana totalmente la partida como puede observarse en la ejemplificación de unos pocos textos.

Veamos la maestría y el pintoresquismo de algunas descripciones en las que sobresale el arte de la comparación:

De los barrios ciudadanos:

Pepe no se amañaba nada en la ladera de la Casa de los Picos. Le jeringaba el aire de finchado del barrio, lleno, además, de clareas, como esas dentaduras separadas y paletudas de algunas mujeres escachadas del campo. Encontraba que le faltaban perros, gritos, medianoches pal día, turroneas y compadres, muchachas morenas en un descuido y jarifo ir y venir por el enredijo empenicado de las callejuelas apretadas. Tenía San Nicolás un no sé qué... Resabios porteños, algo, como gitano en la color y el nervio. Tenía... ¡Espeere!: tenía reburujón. Eso. San Roque era más manso, mááás, menoos ...Mire: San Roque era el aguacate maduro, ¿oyó?, y San Nicolás la breva pintona y atarozada, oscurita la piel y tensa, como la piel moza de los quince, con un dejillo agelioso. Sabido es que la breva es cosa seria pal gusto. Pero escalda los labios.

De la ciudad:

Bajo el fanal diáfano de su clima, tibio como agua de sol; dos veces sí y una no techada por su panza de burro; una vez sí y dos no bajo la lumbrarada de un sol que es como una abierta rosa de dorada entre las manos; siempre a veces con ánimo y fuerza de mano juguetona que despeina, a veces con el quedo pasar de un suspiro bien metida por el Norte, locamente prendido en las altas palmeras de San Roque y doña Nieves: la ciudad va pasando por los años como una ingrávida nubecilla suelta y desentendida.

## De un domingo de fútbol y gallos:

Es un domingo risueño y deportivo. Ha habido gallos de gran casteo en Viera y Clavijo y pelota de populares en el Muelle Grande. El jeridero de gente por las calles y en cafetines y timbeques da miedo. Monagas ha ido al Puerto porque juega el "Marino". Y son sus amores azules. Y como en la gallera ganó San José y en el Muelle el "Marino", Pepito se enreda en un coperío de camisa por fuera.

## Retrato femenino:

Lo cierto es que Carmela salió fina. Desde luego era cosa asiada el guayabo. Más bien menuda, con la pierna fina y alta, entradita de cintura, la boca más sobre lo grande que sobre lo chico, madura y desdenosa, como una fruta pintona y alta. ¡Y los ojos, cristiano...! Los ojos no tenían pintura. Con un pisco más le llegaban al tronco de la oreja. Negros, brillantes y como recién llovidos. Y abajo de ese relente un relumbrar como de fiebre, igual que si estuviera en cama con un calenturón de tifus. ¡Y una filera de pestañas que se las quita y les pega su canuto de pólvora y hay voladores para abastecer San Pedro Mártir!

## Caricatura:

Baltasar era un sujeto que lo mandan a hacer de encargo, tomando como esenciales elementos agua de Carabaña, tuneras coloradas, vinagre de la tierra y partes posteriores o traseras de botellas, y no sale más cumplidamente malamañado y con peor tabefe. Alto como un pino, menudo como un palo de varear, con hechuras de cerbatana, enmendado el costillaje por una cargazón que lo disponía como a topar, o como a entrar al cabe por nada o cosa ninguna, amarillo de una tirisiada más vieja que el Pendón, que al modo tenía la carajaca averiada desde que lo concibieron, y los ojos como aceitunillas arrojadas, el capataz Baltasar era tan querido en la obra como unos fríos y unas calenturas.

Para terminar, unos certeros apuntes "panchoguerrianos" sobre el modo de ser isleño ("uno de esos hombres que con más rigor se arrima al dicho de que por la boca muere el pez", "siempre dispuesto, pero malamañado para los entusiasmos repentinos") en relación con el clima:

El isleño es mimoso y susceptible, por causa de la temperie. Los días de panza de burro; los inciertos entre sol y sombra, con un viento por rachas que se divierte en las esquinas insulares con los manteos de los canónigos y los sombreros de los calvos y de los socios del Casino; los días de lluvia pegajosa como una mujer fea emperrada: esos días de "mala tiempra", el hombre del país es una tunera. Se calla como un tocino, al acecho que le den coyuntura para clavar una lezna o meter una coza de mula de cuartel. Y cuando abre la boca, tira una presa. (...) En cambio, si el tiempo está bueno, templadito y tal, echada la marea, tibito el sol, un perro el viento y eso: entonces es buenísimo. (...) En días tales el insular tiene hasta ganas de volver a las relaciones con ese montón de gente con la que no se lleva y con la que se peleó, entendiendo que para jediondos más vale solo.

## LA OBRA TEATRAL

Innata fue la afición de Pancho Guerra por el teatro. Tendríamos que reseñar aquí la labor realizada al calor de la *Sociedad de Amigos del Arte "Néstor de la Torre"*; pero conviene a este espacio limitarnos a los textos que nos han llegado mediante publicación. Son los siguientes: los *Siete entremeses de Pepe Monagas*, cuadros cómicos que protagoniza su ya conocido personaje; dos comedias no folclóricas aunque sí de ambiente rural canario (*Tres lunas rojas* y *Romance del forastero y la novia*); y un atractivo y original texto que supone un divertimento metateatral (historia teatral en el teatro) de línea muy concorde con los aires innovadores del teatro de la época (*¡¡Seamos alegres!!*).

## LOS SIETE ENTREMESSES

La presentación directa de situaciones y personajes, el constante diálogo, la fuerza plástica y el colorido son cualidades sobresalientes en toda la obra de Pancho Guerra. Quedan manifestadas de manera especial en los trabajos preparados para el teatro, como *Los siete entremeses de Pepe Monagas* (él los llamó también *Sainetes*). Son cuadros semejantes a los narra-

tivos en temas, ambientes y personajes y, como ellos, anclados en lo festivo y humorístico. Ésta última cualidad aparece ahora intensificada por la obligada intervención directa de los personajes que el autor oculto entre bastidores maneja con despiadada tensión orillando la distorsión grotesca en situaciones, actitudes, modos y maneras de decir; sobre todo *maneras de decir* porque, más que los temas y las situaciones, es el lenguaje de los personajes en su fonética y en sus giros expresivos el que sostiene la base de la retórica humorística teatral, como tal medio demandaba.

Se trata de textos cortos y de pocos personajes —de tres a seis—, excepto el último, *Ahora que hay marea ¡golpe a la lapa!*, inacabado, que tiene veinticinco personajes. Están concebidos para ser representados, lo que consiguieron —y con gran éxito— en las islas y fuera de ellas. En su forma escrita se aprecia, sin embargo, la intención de documento literario que, además, poseen. Esta intención literaria se manifiesta especialmente en las numerosas acotaciones al texto teatral que, por su naturaleza y carácter, parecen preferentemente destinadas a un lector cómplice en habilidades comparativas entre el texto teatral y la realidad que reconstruye más que a un posible escenógrafo: como cuando la acotación aclara que “Dolorcitas” habla “saliéndole por la boca la presa de los betancores”; que su cabeza suena “como cuando cae en peso una sandía de Lanzarote”; o que “está que se la compara con una panchona y la panchona no pasa de pejín”.

El detallismo y el afán puntualizador de estas acotaciones, muy ricas en detallismo costumbrista, amplían la dimensión del texto hacia ese campo: efectivamente, ambientes y siluetas aparecen pintorescamente descritas con colorido local trazado con especial eficacia por un gran conocedor del tema.

Exteriores populares y festivos del Risco de San Nicolás con sus ventorrillos, turroneas, timplillos y “enchispados”, rodean la acción en *De cuando Pepe Monagas se entrometió en una*

*agarrada de Isabel la de Carmelo y Dolorcitas la Chopa y de Ahora que hay marea, ¡golpe a la lapa!*

La “jarca” de amigos en noche de juerga y Monagas convertido en tartanero paseador de turistas son nuevos exteriores ciudadanos en *De medianoche pal día* y *¿No fumas, inglés?*

Interiores familiares son los espacios que dan marco a *¡No te apipes, Regorio, que la agarras...!* y las dos partes de *¿A la costa...? ¡Ni amarrao!*

En todos estos entremeses o sainetes, “Pepe Monagas” es truchimán enredador y resolvidor de situaciones protagonizadas por él o no. En los entresijos de la acción y desde la prioritaria intención de hacer reír sobre cualquier otra, nuestro personaje se nos muestra excesivamente deformado y grotesco.

#### OTRAS OBRAS TEATRALES

Además del teatro de tema canario, Pancho Guerra dejó escritas otros textos dramáticos de mayor intencionalidad artística. Además del interés de los propios textos en sí mismos —que indudablemente lo tienen, y grande— nos interesa ahora destacar en el mero hecho de su existencia la prueba de un interés del autor por elaborar una obra literaria cuyas fronteras superasen las localistas canarias y una muestra paralela de su entronque con el teatro que en estos momentos se hacía en la Península y en Europa.

En ellos se refleja, en efecto, la presencia de las líneas teatrales predominantes en el momento literario español (en gran parte, reflejo del europeo): teatro lírico-poético, drama rural de fuerte factura y teatro innovador de corte vanguardista dentro de la línea de lo cómico o de lo absurdo.

*Tres lunas rojas* y *Romance del forastero y la novia* son interesantes muestras de dramas rurales imbuidos de lirismo en

donde es fácil rastrear huellas claras, en temas y en formas, del teatro de García Lorca, de Marquina, de Benavente, de Alonso Quesada.... incluso —y remontándonos en el tiempo— de las muestras más características del teatro español del Siglo de Oro.

Ambos dramas se desarrollan en el espacio grancanario (“Suceso de tierras del sur de Gran Canaria”, la primera; “En un lugar del sur de la isla”, la segunda); pero tal localización podría trasladarse a cualquier otro entorno de las mismas características que contiene lo rural —primitivismo y cercanía— si retocáramos algunos detalles a los que, intencionadamente, las ató el autor: así en la acotación inicial de *Tres lunas rojas* detalles interesantes como la criada mulata que descansa “en una estera de palma rubia” mientras canta a un niño “con la tonada del amor insular” que es un *arrorró* de Néstor Álamo cuyos sonos introducen la obra (“Cómo duerme mi niño,/ ¡ay, cómo duerme!./ con sus deditos blancos,/ que se los muerde./ Y dos claveles/ de mi sangre revientan/ entre sus nieves./ Cómo duerme mi niño,/ ¡ay, cómo duerme!”).

Ambos tienen también en común un mismo tono que rodea situaciones y personajes, arraigados sólidamente al medio con presencia de santeros y de conjuros mágicos. La primera es una trágica historia primitiva, apasionada y fuerte, de maternidades frustradas y de egoísmos. La segunda mantiene un clima de más evanescente lirismo centrado especialmente en torno a la figura de LA NOVIA. Ambas logran su mayor atractivo en la disposición formal del juego de la prosa y el verso, en la presencia de la canción popular y de “los coros” campesinos, en el atractivo de los parlamentos y en la fuerza de algunas de las caracterizaciones, en especial de las femeninas.

Del lirismo de los textos y de la evidente huella lorquiana pueden dar idea estos textos de *Tres lunas rojas*:

ROSA: ¡Qué sé yo...! Mientras me crecían [los hijos], me los aguaitaba la muerte en cada cruce del tiempo, en las frutas calientes, en lo alto de los nidos, en los charcos del verano... Y me lloraban las madrugadas, dolidos de no sé dolores, hasta dejarme, conformándolos, como si con ellos al cuadril remontara un cerro debajo del relente... Los hijos, señora, duelen como una coz en el pecho.

DOÑA MARÍA: Pero son también  
si una herida agria,  
una herida amante  
con panal curada.  
¡Y un río de almendras  
que en las venas canta  
su raíz de nieve,  
su vara de nata,  
y rompe en palomas  
por la arena alta,  
con colmo redondo  
de encaje y manzanas!  
¡Y su dolor, rama de alba,  
en cuya punta rosa  
revienta el clavel de la mañana!

ROSA: Para usted... Para mí  
una pena plantada,  
como un olivo duro,  
en mitad de la entraña.  
Y su dolor, vara de zarza,  
en cuya punta turbia  
revienta un manantial de sangre amarga.

DOÑA MARÍA: ¡Ellos van creciendo  
entre un copo blando  
de lanas y sueños!  
¡Y abriendo  
como un abanico  
de ramos de almendro!

Aunque hay diferencias evidentes de tono entre ambas obras, los textos del *Romance del forastero y la novia* que vamos ahora a reproducir evidencian idénticos caminos a los de la obra anterior:

- BORDADORA 1.<sup>a</sup>: Lleva días ahuyentada, como si escondiera un susto de novia muy nueva.
- BORDADORA 2.<sup>a</sup>: Sí. Y blanca y entristecida, pero con una rama de calentura en los ojos.
- MADRE: Es muy propio. Casarse es serio. Impresiona como una soledad.
- BORDADORA 2.<sup>a</sup>: Será eso.
- MADRE: Eso es. ¿Qué otra cosa iba a ser? (*Llaman otra vez al aldabón de la puerta*). Ve y abre.
- CRIADA: (*Saliendo*) Fuerzas me cuesta.
- BORDADORA 1.<sup>a</sup>: Pues yo, si me fuera a casar, me pondría ancha y alegre como un sembrado de mayo. Y me probaría el traje de novia lo menos veinte veces al día, delante de un espejo grande.
- MADRE: Todas no son iguales. Hay quien se asoma a la orilla de un charco negro y se espanta hasta dentro de los huesos. Y hay quien se tira desnuda en él.  
(...).
- MADRE: ¿Qué clase de hombre es?
- NOVIA: Lo veo y hablamos. Pero estamos más tiempo callados. Cuando se lleva enterrado un grito que no acaba de salir, las palabras se agachan, como las liebres con susto. A mí me gusta sentirlo infortunado, igual que un niño perdido en una feria. Lo voy consolando con voces o sin ellas, y siento como si me florecieran por dentro las carnes.
- MADRE: ¿Pero y tu novio?
- NOVIA: Eso es otra cosa. Eso es formal, como la hora de la misa y el cuidado del pan en el horno.

Muy diferente a los textos anteriores es *¡¡¡Seamos alegres!!!* El texto reproduce (o está basado en) una idea que, junto a Paquita Mesa, confeccionó para los entreactos del teatro canario bajo el nombre de *Soyons gais*. Se trata de una muestra de

aquel teatro cómico —y subvertidor a través de esa comicidad— que se hacía en la época. En esta ocasión, y aunque se deja entrever la presencia de textos teatrales de muy diversa factura, parece clara la huella de la intencionalidad, los modos y los tonos que Enrique Jardiel Poncela muestra en muchas de sus creaciones como, entre otras, las que agrupó en la colección de “teatro para leer” de su obra *El convaleciente*, algunos de cuyos textos hemos recordado en la lectura del de Pancho Guerra. Tal como aparece en la edición que conocemos, se trata de un divertimento teatral de caótica factura, pleno de “gags” y de “boutades”, con mezcla de reclamos publicitarios, tonadillas populares recreadas en donde no faltan sorpresivas introducciones de personajes y temas diversos y distorsionados. Con todo ello se logran recomponer los distintos momentos —entre hilarantes, agobiadores y dramáticos— de una puesta en escena teatral desde los entresijos que normalmente ocultan las bambalinas.

En su etapa madrileña Pancho Guerra realizó una adaptación para el teatro de la novela *Nada* de Carmen Laforet. Según nuestras noticias se trataba de un magnífico texto muy del gusto de la novelista que, desgraciadamente, se ha perdido.





# LAS MEMORIAS DE PEPE MONAGAS



## EL PERSONAJE Y SU AUTOR

Las *Memorias de Pepe Monagas* culminan la obra más característica de Pancho Guerra. Aunque continúa la línea de los *Cuentos...* en la “desenfadada pretensión de divertir”, la elaboración literaria de esta nueva obra se plantea desde niveles de mayor exigencia. El introductor de las *Memorias* —que va a ser también su narrador, ya bien conocido por nosotros— dice de los *Cuentos...*: “dentro me dejaron el reconcomio de la mala factura” y “aún me duelen sus escasos dolores, la campante manera con que rompió y se puso a vivir”. En efecto, en esta nueva obra aquel narrador de los cuentos —ahora depurado desde la madurez y la reflexión pero con el mismo lenguaje recurrente y atractivo, con la misma frescura, espontaneidad y gracia escondida tras el pretexto de ser mero transcriptor de memorias ajenas, toma “la voz cantante” y subsume en sí al personaje, logrando para sí mismo —para el autor— el más alto nivel artístico.

La simbiosis narrador-personaje-autor sobrepasa los marcos literarios para llegar a coincidencias personales nada difíciles

de detectar, hasta el punto de que se puedan sorprender en “Pepe Monagas” rasgos de un Pancho Guerra autodeformado y autocaracterizado desde la ironía y el buen humor.

Como Pancho Guerra, “Pepe Monagas” es gran defensor de su soltería (“*la salvaje alegría de mi independencia*”) aunque buen conocedor, exaltado apreciador y apasionado descriptor de la mujer.

También coinciden autor y personaje en ser malos defensores del trabajo excesivo: lo reconoce de sí mismo Pancho Guerra en la “Introducción” a la obra (“*Después la pereza, que tanto daño me ha hecho...*”) y lo expresa sin ambages “Pepe Monagas”:

A mí me gustaba aquel oficio, que me resultaba de cierta nobleza, dentro del concepto de vaina que siempre tuve del trabajo, si algo no le aliviaba —jentiéndame!— lo que tiene de galera antigua, con los hombres condenados al remo bajo el rebenque de un tarajallo. Me creía y me creo cargado de razón al decir que el hombre que trabaja es porque no sirve para otra cosa.

Común filosofía vital (filosofía cotidiana de “gofio y jareas”, como se la define en el texto) podemos sorprender en las reflexiones del personaje entre los entresijos narradores. Así cuando “Pepe Monagas” define la vida como un limón que a cada hombre se le ofrece que “*si se saca —o se aprende— maña, que no fuerza, y se la exprime en condiciones, da mucho de sí, créame*”. O cuando discurre sobre el comportamiento humano arrastrado por “*el norte a que tire su aguja de marear*” e indefenso ante “*un misterioso jalío, que tira, al modo de la mar, y fuera el viento sopla desde donde le va dando gana, sin que una cosa ni otra las pueda usted gobernar; si acaso barloventarlas, como aquel que dice: las bordadas y repiquetes de una vida, mi amigo, están, para mi gusto, bastante más allá de la voluntad humana...*”.

Más directas son las alusiones de “Pepe Monagas” desde la ironía a realidades concretas locales como el *Diario de Las*

*Palmas* (tan querido del autor) y su papel en la lucha prodivisionista:

...el *Diario de Las Palmas* —decano de la prensa local, y mezcla de Mandarría y Justo Mesa en la División de la Provincia (...).

El pleito grande de la División de la Provincia, que el *Diario de Las Palmas* escribía con mayúsculas, cosa que creo que debería hacer usted también, en respetuosa memoria a nuestros ardidos y ardientes abuelos, lo mismo de los que se fueron a la tierra con las ganas, que los que la alcanzaron a fuerza de ronqueras, telegramas y voladores.

De verdadero tratado de filosofía vital matizado por la fina socarronería panchoguerriana es la “caída” del narrador-personaje que remata el libro: Monagas acaba de casarse y describe con sensual regusto de detalles la habitación, la cama (“*un catre hermoso, de hierro negro, con sus cuatro perinolas doradas, con sus dos colchones tiernos restrallando de puro colmo*”) y las sábanas “*amorositas y tan blancas que ni las hubieran tejidos con lirios del Monte*”; de éstas destaca la tersura, tanto que —añade para finalizar el libro “*Daba pena arrugarlas. Pero mi amigo, todo en este mundo hay que arrugarlo, porque si no, y esto es lo peor, arruga de por sí.*”

## LA COMPOSICIÓN LITERARIA

El recurso tradicional de imaginar unas memorias escritas por el protagonista de ficción que el narrador transcribe (“*un fleje de papeles*”, en este caso) es la base sustancial del contenido. En el desarrollo argumental de ese tema, Pancho Guerra, siguiendo el recurso emprendido en los *Cuentos...*, recurre a introducir la “historia en la historia” —la vieja técnica del relato intercalado— sin que la unidad global de la obra se resienta. Así, la memoria biográfica del protagonista desde los abuelos hasta la propia boda —que es el tema primitivo— se ve desviado en mil y una peripecias tangenciales con nuevos personajes y situaciones elaboradas desde sucesos locales extraídos de la memoria tradicional de “*algunos de esos viejos que*

como zurrone, sin más contenido que recuerdos, halla usted varados en las orillas y poyos del pueblo”, o recopilados de anécdotas y “mataperrerías” con base real.

Estas historias —sobre todo las campesinas— atrapan el interés del lector y lo conducen por distintos vericuetos, atractivos en su forma y nada desdeñables en su intención y en su significación, hacia comportamientos y situaciones muy esclarecedores sobre la auténtica realidad de nuestras gentes, en sus tipos y modos más característicos, pintorescos e idiosincráticos. Como la atractiva y más que verosímil historia de María del Pino “la Primorosa” (*con el tiempo y las cosas “la Penosa”*), extraordinariamente atractiva, sola y asediada por los hombres, que accede a casarse (“*porque una boda era ya harina de otro talego*”) con un viudo de mala fama (“*hombrillo desmañado y sombrío, mal empelado y duro (con) ojillos ratones (...) y sin que se le adivinara una hebrita de ternura bajo su traza de escobón pelado*”) que la engañó embarcándose para Cuba la mañana siguiente a la boda. O como el atractivo caso de Isabel Matos, “*la novia medrosa*”, que dejó plantado a su novio Felo Alvarado en la puerta de la iglesia al finalizar la boda; en el desenlace, Felito, por mediación de Monagas y después de beber “*tónico ferrugiento*” y comer “*caldos de sustancia*”, logró recuperar “*a la esposa de seis o siete meses y sin estrenar*” raptándola una madrugada a la salida de la iglesia de Santo Domingo. O la intencionadamente denunciadora historia de Pancho Cabrera, que salió muy mal parado al intentar robar en su noche de bodas a Balbina, la bella colinga de Cuás Quías (un “*gallo tapado*”, “*con aliento de mujer brava*”) a quien el tal Pancho Cabrera “*hacía la rosca lo mismo por lo zorrocloco que a cara destapada*”.

Por otro lado, las *Memorias* amplían y perfilan el marco escénico de los *Cuentos de Pepe Monagas*: lo amplían introduciendo en ellas el paisaje campesino de las islas y las historias de sus gentes, sedimento y savia de los grancanarios; lo perfilan enriqueciéndolas de referencias locales de muy variada

índole que atan el mundo del texto a la realidad inmediata, insuflándole en ocasiones características de documento.

El paisaje campesino es el de la zona tirajanera, con centro en Tunte y con extensión hacia Artenara, Tejeda... El pueblo natal del autor es objeto de amorosas descripciones. Como la de la plaza:

la Alameda (con) unos canapés de cantería azul a la sombrita de dos pinos, parejos y gallardos, y de unos laureles también muy airosos (...) que una vez que el verano levantaba su pesadumbre y se volvía al África con los abobitos y demás aves de paso, virábanse amarillos, llenando entonces el aire de una primorosa luz dorada, de un como enramado de retamas que a mí de chiquillo me embelesaba.

O la de los poyos del Calvario:

de donde se veía subir la noche bocabarranco arriba (...) por entre el cañón que arman los cerros rucios y gestudos, de camello extremado y garañón, llamados de Amurga y Rompecerones.

Las referencias locales de la isla y de su capital son constantes. Muchas de ellas atienden a destacar personajes representativos (López Botas "*hombre tirando bastante a europeo (...) del partido de los Bomberos*"; Juan E. Doreste "*canario de buena tea*"; León y Castillo "*con su pico de oro*"; Roque Morera "*de tan viva chispa y de tal garabato personal, gran andador y gran amante de la noche traspuesta y la amanecida insulares*"; la "Perejila", "*la gran viperina doña Agustina Romero...*"). Otras resaltan hechos destacados en la sociología de la isla o en su historia: como la cochinilla, el cambullón, la influencia inglesa, los males crónicos ("el cigarrón berberisco, la sequía, la Hacienda, los piratas, la División de la Provincia, el canto del alcaraván y el llanto de la pardela"), como la conquista o la política local actual. También se dirigen a caracterizar tipologías llamativas o características, como los curanderos, el peninsular, el guardia urbano, el turroneo, el caballero del Casino, la solterona, el indiano, el divisionista recalitrante, el canario que viaja a la Península... Destacado lugar

ocupan también los esparcimientos populares, como las fiestas locales del campo o de la ciudad (“el Pino de Teror”, San Miguel de Valsequillo, Santiago el Chico de Tunte, entre las campesinas; la Naval, San Cristóbal, el Carmen entre las ciudadanas) o las aficiones características (los gallos de pelea, el fútbol, las parrandas, las partidas de envite, las salidas con “la jarca”, los baños de noche en la playa). No faltan en las amplias referencias la alusión o la descripción de los remedios caseros y las comidas (las lascas de cochino de matanza fresca, los caldos de “enredadera” y “verguilla”, los bizcochos lustrados, mantecados y tortitas de almendras dulces y amargas, o el “quesito en flor, burgados conejeros en salmuerita, aceitunas del país y pan mollete bizcochado”).

En virtud de estas aportaciones y de aquellas historias intercaladas, la significación final de la obra rompe los límites del título: no se trata ya de las “memorias de Pepe Monagas”, sino de unas “memorias de la isla de Gran Canaria” rigurosamente ricas en marcas de identidad, concebidas en un marco de variopinto costumbrismo y contadas subjetiva, amorosa y parcialmente desde el personaje estereotipo como pretexto.

## EL LENGUAJE

Junto a los contenidos, el lenguaje que envuelve la forma del relato contribuye a la gran sugestión y al indudable valor de las *Memorias de Pepe Monagas*. De manera muy especial el lenguaje del narrador: popular, socarrón y distorsionado pero sumamente expresivo y rico ahora, intencionadamente despojado de las exageraciones de las hablas más vulgares en su expresión gráfica, “una lengua farfullada y entre jipiando y con guineo de canturria mora”.

En este lenguaje, léxico y sintaxis grancanarias recreadas por el autor se desbordan en aluvión atractivo y sorprendente en el que la comparación como recurso literario —en todas sus

escalas del mero parangón a la metáfora— alcanza extraordinarias dimensiones. En los *Cuentos...*, eminentemente ciudadanos, el elemento marinero era el término de comparación por antonomasia; ahora, en las *Memorias...*, más amplias en su encuadre, compite con él el elemento campesino sin perder aquel su importancia —incluso su preminencia— pues no en vano en las relaciones del isleño con el mar están las más populares y auténticas expresiones de la insularidad porque “*la influencia del mar se adentra por toda la vida insular como una marea suave y blanda pero incontenible*” como dejó escrito Pérez Vidal en un prólogo dedicado a nuestro autor.

Predominan las comparaciones campesinas (aunque no falta alguna costera) en los casos concretos de uno o pocos términos para definir una actitud personal, un modo de ser o una sensación:

“(las mujeres ya casadas) se viran como los bizcochos lustrados”

“(las niñas) más nerviosas que voladores sin rabo”

“(era) más fresco que una sardina” o “que el culantrillo”

“(el hombre calmado pero, con un jacio que barruntaba marea”

“(un fatuto, salpeando como pescado en la orilla”

“(tirado en el suelo) como una chopa de vivero”

“(le ponía el corazón) como una almendrita mollar”

“se puso amarilla y amarga como la retama ante el relente”

“(cuando le nace un hijo) uno se queda como si le plantaran un monte arriba del pecho”

“(se quedó) como si le metieran una puñada de nieve por el totizo”

“se quedó tan fresco y tan ancho como la hoja de una ñamera”

“esponjado igual que un pájaro en la orilla del agua”

Con frecuencia falta la marca gramatical —el “como” comparativo— y la comparación se resuelve en identificación metafórica para retratar o para describir actitudes o situaciones personales:

“pelo rufo con aire de cresta” o “color melado de rapadura”

“sin barruntarse por donde iban a respirar las agallas de aquel mero”

“Yo caminaba (...) a orillas de una marea honda y con jalío (...) y me dije: Pepe, tienes que arriar trapo, meterte en varadero y aplicar calafate”

Generalmente, las figuras de base comparativa se suceden agrupadas en un mismo contexto, cediendo el atractivo de la espontaneidad en pro de una mayor belleza literaria:

tiene miluque esto de que una mujer ¡una sola mujer! pare a un hombre en su corola, lo emburje y trabe en su pinta y en su aroma, y pueda con cositas tan livianas vararlo bien varado en su blanda arena primero... y en su marisco después.

Sentía que un hombre podía cobijarse en ellos [los ojos de una mujer] como cuando se dejan el airote y la sorimba de los caminos del invierno y se arrima el cuerpo engarabitado al soco profundo y amorosos de una cueva.

Cuando corriendo la soltería, ésta con sus atosigamientos de sangre y la sociedad con su tranquilo meten a uno en el compromiso de “fondear”, el macho, al modo del sargo tira a chabasquear la carnada. Y si puede se la lleva sin picar de hocico lleno. Cuando la tanza que lo agüaita se estira y vibra, cantando que ha cogido de beso, por lo regular el peje revira y pelea, mientras de arriba —¿quién sino ellas, que tienen un misterioso y paciente destino de pescadoras de veril?— fajan a recoger liña con bienamañadas manos, emperrándose en impedir los muchos, anchos y sabrosos rumbos de la marea de la vida.

Sorprendemos en el lenguaje del narrador de las *Memorias* “modos de decir” y “maneras de expresión” que, aunque no sean exclusivamente isleñas, podemos aún reconocerlas como tales. Entre los “modos” hemos de destacar el diminutivo, rasgo característico de nuestra habla cuyo uso para intensificar refrenda el propio autor (—*Muy sensillito. Voy a robar la novia—. A esto no lo llamaban ni siquiera “sensillo” sino “sensillito”*) y el tratamiento de respeto en el coloquio autoritario (“*Usté, ni pío, ¿eh? Meta retranca y agácheseme, no me la vaya a encharcar más entodavía. Si don Bartolo habla, usté callado, ¿estamos?*”). Ambos recursos aunados pueden enriquecer el texto de cercanía y de expresividad, como se puede apreciar en el siguiente texto:



*Portada de Felo Monzón para la portada del tomo II de Los cuentos famosos de Pepe Monagas, realizada por la "Peña Pancho Guerra". Madrid, 1969.*

Se me va a ir de aquí a un campo, cuanto más lejos, mejor. Un sitio donde haya buenas papitas de riñón, buen quesito de flor, buenos potajes de carne de cochino. En fin... Coma de todo esto, ¿entiende?, acuéstese tempranito... y nada más.

Aquellas “maneras de decir” surgen, generalmente, para caracterizar personajes o situaciones; su eco de “frase hecha” no le resta atractivo formal ni agudeza significativa:

“no era fea y tenía hasta su *reburujón*”

“¡qué pronto te *amulas!*”

“iba con *la quilla en el marisco*”

“se dejaba *coger la camella*”

“la gente *de una sama hace una escama*”

“que *no está el tostador para cochafisco*”

“la tenía *santito donde te pondré*”

“le *privaba la picareta* y si *arriba* era gratis cargaba la mano hasta *empajarse*”

“la vi crecer *al golpito*”; “don Nicolás, un hombre *al golpito* que siempre empezaba su misa tarde y la terminaba cuando ya no quedaba nadie en la iglesia”.

Muy atractivas son las caracterizaciones de los personajes en sus rasgos físicos o en el lenguaje expresivo de los gestos. Son a veces apuntes caricaturescos de efectiva plasticidad:

(la vieja) era un manojo de leña buena con un pañuelo fechado al quejo.

Maestro Antolín el Garabato, hombre de espaldaraje con corazón, cuello largo y tumbado como el millo de Agüimes y piernas de esas en paréntesis, que tiran la zancada al rumbo.

Sobresalen las descripciones femeninas realizadas con lujoso detallismo apasionado positiva o negativamente:

María del Pino apareció granada de pierna y torso, entradita en cintura, con los capullos empenicados, derechita toda y tan dorada y gustosa que no parecía sino que la hubieran barnizado con miel. Cruzó las calles con el paso airoso, un brazo cayéndole a lo largo del cuerpo, el otro garbosamente levantado para sostener por uno de los bicos el gánigo.

...era más bien espigada, entradita de cintura, con las carnes así como el pan fresco: restrallantes, cálidas, provocadoras. La cara se le llenaba toda de sus ojos, unos ojos semejantes a los charcos de la primavera isleña: anchos, verdosos y quietos. Pero de lo bueno, lo mejor lo tenía de cintura arriba, donde, sueltos y respingantes, se le alegraban como baifillos en la hierba los pechos. Andaba perezosa (...) dejándose caer sobre las caderas.

Era una tora la muchacha, pero con unas carnes más bien flojotas, que en el andar se le estremecían como un flan. (...) La cara era buchuda y le alumbraban los carrillos un rosicler que mal empleadito para una habanera: los ojos tiraban a trasconejarse bajo el cerro de la aguda naricilla, y lo que tenían de juntos y de saltones procuraban a su mirar un visaje ratonero. De tal rostro lo único bonito era la boca, pero se la encharcaban las clareas de sus dientes, los dos lantreros cayendo aletudos, y de abajo tan encaramillados que parecían ajos plantados a voleo. Desde el cogote, alcanzado por el cercano reboso, pegaba a ensanchar. Y ya no paraba hasta el nano y pantorrilludo basamento. Todo este continente, sin pizca de reburujón, dígame usted...

La pincelada expresadora del gesto, fruto de una especial capacidad de observación y tan eficaz como apunte caricaturesco, es lugar común de caracterización humana:

Don Clemente se arrepollinó, hasta afianzar bien el costillaje, y dijo, marcando un bico despreciativo con el beso de abajo y sacudiendo al tiempo, con aparatoso desdén la cola del virginio...

El viejo se quitó la cachorra y empapó por la frente y el cogote un pañuelo casi tan grande como un mantel. Después se pegó de la botella. La nuez subió y bajó nerviosa como si tirara por dentro a las buchadas un ansioso garabato. Se restregó satisfecho, con su mano grande y fuerte, los besos, el quejo, la cara toda.

Pues, mire, no, contestó calmosa la vecina, al tiempo que los husmeaba, con los ojos achicados y una mano puesta sobre un cachete.

Contenidos y forma literaria en acabada simbiosis hacen de las *Memorias de Pepe Monagas* uno de los textos más atractivos de la literatura isleña. Allí pintoresquismo popular y saber narrador, habilidad expresiva y regocijado humorismo se aúnan con autenticidad y eficacia creadora.



## EL LÉXICO POPULAR DE GRAN CANARIA



La recopilación léxica recogida bajo el título de *Léxico popular de Gran Canaria* es el resultado de la autorreflexión que Pancho Guerra realiza sobre el lenguaje canario y que se manifiesta como necesidad exigente según va consolidándose su personalidad literaria.

Nuestro autor —cuentan sus amigos— tuvo siempre gran interés por enriquecer de forma deliberada y consciente sus conocimientos directos sobre voces y giros populares, por lo que iba anotando cualquier palabra, expresión o chiste que le pareciera de cuño canario. Con el tiempo las primitivas notas se volvieron voluminoso fichero que, tras muchas dudas y seguramente animado por la consecución de una beca, se propuso publicar en forma de diccionario. Seguramente Pancho Guerra conocería los precedentes de ilustre nombre en nuestra casi inexistente —antes de él— lexicografía que demuestran el interés que tal tema despertó: Elías Zerolo, Sebastián de Lugo, los hermanos Millares Cubas y Valenzuela; pudo conocer también el glosario de “voces canarias” que confeccionó Pérez Galdós y que se publicó como apéndice a la obra de Zerolo. Pero ate-

niéndonos a los resultados podemos afirmar que su repertorio léxico, aparte de distintivos conceptuales propios, superó en riqueza y amplitud a los anteriores, con el regalo añadido del atractivo literario de su peculiar estilo y el proverbial regalo de su buen humor.

Pancho Guerra, muy lejos de ser un profesional en cuestiones lexicográficas, no pretendía realizar una labor de saberes lingüísticos ni de erudición dialectológica (“Procuró ¿sabes? que no quede una cosa fría de coleccionista de vocablos”) sino dar a conocer aquella riqueza sin pérdida de la espontaneidad con que había sido recogida, aunque afianzada en la consulta de los diccionarios oficiales y de las fuentes documentales precisas. Así ordenó alfabéticamente las palabras y fue definiéndolas con mayor o menor extensión, con mayor o menor amplitud, con mayor o menor riqueza de acepciones.

Nuestro autor fue formando su léxico “de dentro a fuera”, es decir, partiendo de la facilidad del que organiza un repertorio del habla que le es propia, que ha usado como medio habitual de expresión y de la que conoce el sentido íntimo de sus vocablos, el quid de las variantes y el alma de la misma, pero que —también— logra distanciarse de ella para contrastarla fríamente en otro medio lingüístico. Así lo hace durante los años de estancia en Madrid, comparando y verificando expresiones que creía isleñas con su existencia en el vulgo de zonas peninsulares o descubriendo en esas búsquedas canarismos inesperados.

En su realidad, el repertorio léxico de Pancho Guerra no es —no podía serlo— una relación alfabética seria, escueta y ortodoxa y más o menos documentada sino que la personalidad del autor tamiza la voluntad referencial enriqueciendo con anécdotas, chistes o coplas pintorescas la puntualización léxica, sin merma del rigor indispensable.

Veamos en algunas voces la ejemplificación de lo que venimos diciendo: definición, puntualización, quiebro irónico o bur-

lesco y —muchas veces— atractiva anécdota incluida envolviendo a un término determinado.

**AIROTE:** Golpe de aire desapacible que altera de relance el clima sosegado del país, especialmente en las callejas estrechas, en los callejones llamados de *cañón* y en ciertos puntos abiertos de las playas. (El insular le tiene mucho respeto al *airote*, al que atribuye sus pulmonías y sus catarros “de tira-fondo” —los remetidos entre pecho y espalda—, sus lumbagos y sus jaquecas, incluso la súbita irritabilidad de sus conllevados callos y juanetes.)

**ARRIMAR, ARRIMARSE:** Prescindir. (“Arrimando la modestia”, se dice, por ejemplo, como expresión sinóнима de “modestia aparte”). Amancebarse. (Con esta última acepción lo hace figurar Casares en su *Ideológico*. En la edición de la Academia correspondiente a 1939 no aparece. “Arrimaditos como las paredes”, dice el isleño de los que se juntan o “amontonan”, como dicen popularmente por Castilla, sin contar con el juez ni con el señor cura.)

**ASEADA (ASIADA):** Se dice de las cosas importantes o meritorias. (Un buen luchador es “cosa *aseada*”, lo mismo que un caldo de *viejas*. Y, sobre todo, para el isleño es “cosita *asiada*” una bizarra muchacha en sus quince. Suele emplearse completando la expresión con un habitual y ceremonioso término: «¡Cosita “asiada”, caballeros!» Hay un picarón estribillo de *isas* que algo tiene que ver con el vocablo: «Por “asiadas” que sean-las lavanderas,-siempre llevan mojada-la delantera,-la delantera, niña...», etc.)

**BAÑA:** Gordura, grasa, tejido adiposo. (No hay en castellano ni un solo término que pueda dar la pista de esta extraña denominación de las grasas del cerdo y de aquellas otras más respetables que hacen nalgudas y demás a las maduras damas isleñas, y amondongan las panzas de sus maridos bien pasados de quintas, hasta poner en plenitud sus “curvas de la felicidad”).)

**BOBERÍA:** A más de dicho o hecho necio, como en castellano, *bobería* es en la Isla un estado de relajación física provocado por sueño viejo, un intenso cansancio, una ola de calor —el *Levante*, por ejemplo—, etc. (Llevo tres noches de *arreo* velando la vaca, ¡y tengo arriba una *bobería*, una *bobería*...! “En relación con la acepción primera, idéntica a la castellana, cabe recordar una anécdota decimonónica, o de principios de siglo, que nos parece tiene cierto sabroso acento canario. En una tertulia de rebotica —tal vez en la de *Las Cadenas*, que estaba frente al Barranco, en la rinconada donde comienza la calle de San Justo, y en la que sigue habiendo farmacia—

despuntaba la *prima noche* un grupo de caballeros isleños, alguno de ellos animoso progresista. Hablábase de mejoras en la ciudad. Terció uno que se embolsó defendiendo un costosísimo proyecto de cubrir el Guiniguada desde Bocabarranco hasta “por arriba” de Pambaso. Como siempre hay entre entusiastas algún ciudadano *retranca*, el consabido hombre sensato, nuestro proyectista encontró enfrente la fría, calculadora razón de cierto realista: «¡Pero, señor mío! —opuso con una compasiva sonrisa—, ¿“usté” sabe la millonada que cuesta esa obra...?» Replicó el optimista, cargando el acento: «¡Oh, padrito! ¡Si “empesamos” a hablar de *boberías*, “entonses” no se “hase”!» Hubo diversos caballeros que le dieron la razón. Pues ya.)

**CAMANGO:** Gesto o mueca hecho por enfermedad o hábito y en ocasiones como expresión de vivos estados de ánimo. Es sinónimo de los castellanos “jeribeque” y “visaje”. (No hallamos nada que alumbre la procedencia o formación de este vocablo. Tal vez, y a semejanza de *remango*, tenga su origen en algún movimiento humano o animal. El cabeceo del caballo frenado, por ejemplo. “Cama” es, también, cada una de las barretas o palancas del freno, a cuyos extremos inferiores van sujetas las riendas. Los que padecen mal de San Vito hacen *camangos*. Realizan, entre otros movimientos, algunos que pueden entrar en lo que por Castilla llaman “hacer combas”, que equivale, según el señor Casares, a “columpiarse al andar”. “Comba” y *camba* y “cambado” y “cambar” proceden de “cama” en alguna de sus acepciones. “Cambado” es en la Argentina “estevedo o patizambo”, según nos informa el profesor Corominas, y exactamente la misma significación tiene el portugués “cambuto”.)

**DESAGALLADO:** Ansioso, anhelante, desatentado por lograr un deseo o satisfacer un apetito. (Es sinónimo del “desalado” castellano, que Corominas da como derivado de “hálito” = aliento, respiración, “resuello” y “huelgo” en italiano. El *desagallado* está como pez en la orilla: palpitante, estremecido, faltándole el aire.)

**EMPARDELARSE:** Emperezarse, amodorrarse, quedarse medio dormido al arropo de la siesta o por el beleño del clima, tan mecedoramente uniforme. *Apoyto*, *Embeleso* y *Pardela*. (Un cronista de la villa insular de Agaete escribía con desenfado periodístico, pero con certero sentido del vocablo, esto que sigue: “El curtido hombre de Agaete vive y canta el himno ferviente de nuestra idiosincrasia, pacífica y *empardelada*.” Cuando al isleño lo “trabaja” un *Levante* hasta dejarlo hecho un trapo —*Molido*— o cuando acunado por la inalterable temperie insular se empeza hasta el desmadejamiento, pierde total y absolutamente las ganas de aplicarse a algo. Y dirá, explicativo y casi sin salirle la voz del cuerpo: “Estoy tan *empardelado*, que ni podría quitarme de arriba una pluma”.)

La muerte repentina y temprana rompió proyectos e ilusiones del autor. Truncó también la redacción del vocabulario que se hubiera perdido si sus amigos de la “Peña Pancho Guerra” y, sobre todo, la voluntad y la inteligencia de Miguel Santiago no hubieran recogido y culminado —no fue fácil— la tarea. Tal como hoy lo conocemos, el *Léxico popular de Gran Canaria* consta de dos partes hasta cierto punto desiguales: la que el autor compuso de manera rica, completa y consciente (hasta la voz “empardelarse”) y la que la “Peña” amiga completó extraída de apuntes, menos extensos y elaborados, del autor.

Se añade al *Léxico* —citamos por la edición que hiciera el Cabildo Insular de Gran Canaria, tomo III de sus *Obras completas*, 1977— un repertorio de “Frasas hechas, populares, muy empleadas corrientemente en Gran Canaria” que el autor dejó sin elaborar y que fueron recopiladas póstumamente y presentadas en esa edición por Margarita Sánchez Brito. De estas “frases hechas” destacaremos un último ejemplo: posee el interés de la presencia del propio autor y de su pueblo en el cuerpo de la definición:

“LA JUSTICIA DE TUNTE TE ALCANCE”: Maldición. Aquella curia tirajanera cobra fama de liada. No me extraña, porque, como cuña del mismo palo, conozco bien el apasionado temperamento del tirajano.

La publicación aludida se ha visto enriquecida con un interesante trabajo de Miguel Santiago: el *Vocabulario popular grancanario empleado por Pancho Guerra en sus obras*. Mucho más que un apéndice, la obra de Miguel Santiago reviste igualmente gran interés. Como resultado de una rigurosa y paciente labor de recopilación a través de casi toda la obra panchogueiriana, es un nuevo monumento léxico de enorme utilidad no sólo para estudiosos o especialistas sino para cualquier interesado en ahondar en la canariedad y sus principales manifestaciones con la palabra de Pancho Guerra como piedra de toque. En su conjunto, no sólo el *Léxico* sino también el *Vocabulario*

son documentos inapreciables en cuanto —y repitiendo palabras de Pérez Vidal— contribuyen, aunque no en la misma medida, a “salvar la cultura tradicional, tanto espiritual como material, del irresistible y nivelador efecto de la revolución técnica que rápidamente está transformando los modos de vida”.



## APÉNDICE TIRAJANERO



*Pancho Guerra fue un canario ilustre que nació y se formó en San Bartolomé de Tirajana para honrarla con su nombre y sus escritos; que absorbió las esencias de lo canario —las campesinas y las ciudadanas— para, sin despojarlas del natural popularismo, elevarlas a la categoría de arte. Elaboró todo ello con humorística intención revalorizadora y lo cinceló con pluma empapada en añoranza desde “el amor a machamartillo que sigo teniendo por las tierras, las aguas, la luz y las gentes de mi Gran Canaria”, en expresivas palabras del propio autor.*

*Para rematar este trabajo reproduciremos uno de los más bellos textos que Pancho Guerra dejara escritos. Apareció en la última página del Diario de Las Palmas del 20 de julio de 1934 ilustrado con algunas fotos y con dos bellos dibujos de Plácido Fleitas, muestra característica de las facturas de la escuela de Luján Pérez. Surgió al calor de las cercanas fiestas de Santiago de Tunte y es, en su conjunto, un merecido homenaje del escritor a su villa natal, sin cuya huella —seguramente— Francisco Guerra Navarro no hubiera llegado a ser Pancho Guerra.*

## EN LA FIESTA POPULAR DE SANTIAGO DEL PINAR DE TIRAJANA

Ahora galopa Santiago por su amplio camino, caliente de estrellas. Todo el cielo es un majano inmenso de piedras luminosas. Santiago cabalga sobre un caballo de nubes con luna. Le florece una espada de fuga de estrellas en la mano. Y la otra aprieta firme las bridas de plata y levanta al viento tibio de la noche del Sur un pendón, cruzado por dos trazos rojos.

Las estrellas de la noche meridional refilan el perfil del Caballero. Y lanzan a la calda de las tierras isleñas su sombra briosa de jinete alado. Jinete de los vientos horneados, jinete de las rutas siderales, jinete de las pistas azules del cielo barrido del Sur.

Toda la isla ha sentido en su pecho de riscos —como un corazón disparado de emociones— el seco repercutir de las herraduras del sol. Y en sus ojos —sus ojos de serranías bravas— la herida de luz del empedrado de estrellas, hincadas del trote seguro y viril. El alma, empinada de emoción, como las orejas de un galgo ante el rastro de la madrugada. Y los ojos morenos, húmedos y orillosos, como las piedras del barranco al amor callado de la atarozada.

Tunte, corazón de volcanes muertos, en agonía de distancias y de sequías, atalayada de escuadrones de pinos, bloqueada de gigantes violetas, es la meta isleña del Santo Caballero. Cabalga por julio, con los primeros delirios cálidos. Y ya hay perfil de su presencia en las lontananzas calientes del día y en las de la noche, amasada como un bloque de carbón y con una cuajada destilación de mundos luminosos.

### ROMANCE DE LOS MARINEROS

¿Cuántos años? ¡Quién sabe cuantos! Todavía eran los pinos los señores de la isla. Sólo caminos menudos y derriscados ceñían su dramática periferia volcánica. Los hombres tenían limpias, como después del sano sueño, las pupilas. Y

había una paz en el paraíso auténtico bajo todo el cielo, abierto como una campanilla azul.

Al alba partieron de las orillas marineras de la isla unos pescadores, ceñidos del aire y del sol del mar. Las rutas: a bravar con los tiempos. Los afanes: a sacar de las entrañas azules la plata viva de los peces aposentados en los mares del Sur.

En la nave, los hombres en faenas, enredando los gritos y las manos en los cordajes tensos. En la costa, las mujeres marineras, rotundas, con morenas cargas vivas al cuadril y la palma de una mano abierta sobre las pupilas, encandiladas de congojas inciertas y reflejos del primer sol marino.

Volvieron los marineros. Sangraban viento las velas. Y una angustia dura de lava manchaba la dilatación de las pupilas. La Muerte del Mar, Señora de las Ráfagas, había despilfarrado el velamen, quebrado los palos y quebrantado en su casco el velerito marinero. El patrón, estancado en medio de la danza de las olas sobre el arco de sus pies macizos, con un brazo desnudo trincado a unos cabos y en la otra mano estrujado su cubrecabezas rojo, encendió la voz caliente sobre la braveza del mar.

—¡Padrito mío Santiago, si nos ayudas pondremos tu imagen en la montaña más alta que primero asome a nuestros ojos.

También por un alba se encalmó el genio del mar. Floreció el día en los rizos de las olas, frente a las costas de Arguineguín. Por los mismos lugares donde el capitán Pedro Hernández Cabrón desembarcó su gente, metiéndola en una dolorosa aventura en las últimas horas amargas de la independencia guanche. Frente a ellos marcaba sus rotundas corcobas el pinar de Tunte, recogido y severo. Y la tradición —el romance bravo de la siempreviva popular— cuenta que se cumplió la promesa. Santiago fue puesto por las manos ensalitradas de los marinos a la sombra de los pinares, donde hoy llaman la Cruz Grande, en las vistas de Tirajana. El alma sellada de los pinos cantó más hondo su rumor.

## ROMANCE DE LOS PASTORES

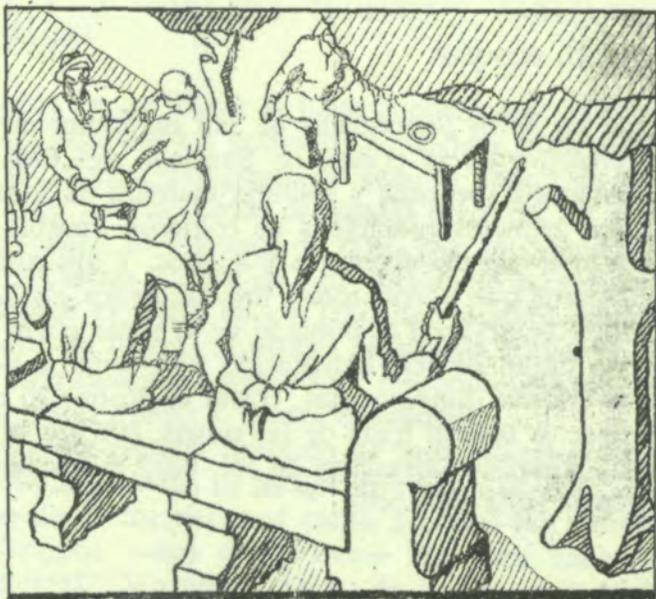
Retornan los pastores de las medianías. Florecen sencillos en las laderas los cencerros y las esquilas. El aire se para al divino canto del ganado. Pausa sobre las lejanías. El gañán, panza al cielo, con las palmas de las manos tras la cabeza endormitada, una pierna a todo lo largo y otra en ángulo recto con su cuerpo tendido. Un pastor, derecho sobre una extática en la fuga de un risco, con los ojos lejanos, en una mano una piedra y en la otra, derecho y liso, el largo garrote. Maravillosa estampa de serranía.

Las ovejas han vencido las pendientes. Y comienzan su bíblico perfilarse sobre los cerros, estampadas en el cielo arrebatado. Los pinos sueltan sobre la tarde su caliente aroma de resina. Y pasan palomas azules rubricando el día.

Gran sitio el pinar para acarrar la manada. Hay regatos cercanos donde beber el ganado y la gente, sombra ancha y fresca y cuevas gratas donde pasar la noche sobre el muelle acerado de la paja de pino.

La noche de estrellas sola. Tibia y sorda de silencio. El perro del ganado nunca duerme cuando se encierran los pastores en su profundo descanso. Y esta noche tienen los ojos y las orejas derechos sobre el tronco de un pino. Ha habido luces en las ramas. Y persiste un halo, como de fuegos de cementerio, en el arranque del árbol. Su garganta arrastra un rumor sordo, como de viento en las asomadas. De pronto ha disparado dos ladridos secos con una pausa inquisitiva. Y después un grito largo y modulado de atención, con la cabeza estirada y un poco alta. Los pastores llenan las entradas de las cuevas con sus secas y derechas figuras. Hay gritos estirados y alguna piedra hincando su contundencia sobre los años ocres de un pino.

Se avanza cautelosamente. ¿Quién anda? La voz espesa del silencio. Hay luz en aquel pino de la asomadita. Allá llegan los pastores. Allí está Santiago. Rudo y bello. Jinete de un recio potro. Las cabezas descubiertas acentúan el ébano de la noche del Sur. Santiago del Pinar de Tunte recibe los primeros fervores campesinos.



en la fiesta popular de  
santiago del pinar de  
tirajana.-



## LA ERMITA Y EL BOSQUE

No hablan los libros parroquiales de San Bartolomé de Tirajana de la erección de la ermita de Santiago del Pinar, de Tunte. Tiene siglos la pequeña y solitaria mansión de Santiago. Allí fueron las primeras ranchadas de romeros, cumbre adelante, alegrando el silencio de cantos y ajijidos. Y allí comenzó su fama milagrosa que corrió todos los contornos insulares.

Los hombres se llevaron al poblado de la santa efigie. Y la ermita se llenó de un silencio entristecido y comenzó a destartarse, sin su motivo fundamental. Hasta el bosque lo abandonó. Hoy tiene la belleza triste de las ruinas, con sus plantas muertas y sus lagartijas borrachas de sol, bajo la inclemencia irreparable de la saña del cielo.

### TRASLADO DEL SANTO. (HABLA EL CAMPESINO VIEJO)

Se empeñaron en traérselo para el pueblo. La gente lo amaba allí, en su iglesia chiquita y blanca, a la sombra de los pinos. Pero quien manda, manda. Un día —me acuerdo como si fuera ahora de oírsele contar a mi señor padre— se allegaron los hombres a la Cruz Grande, en busca del Santo. Iban los guardias y alguaciles. Los vecinos estaban serios, a las orillas de sus tierras. Y las mujeres ceñudas, en las puertas de las casas, con los chiquillos enracimados en la falda. Sacáronlo hasta el camino. Y de repente se armó un viento que era a llevarse a la gente. No se podía dar un paso. Esperaron y el vendaval crecía. Cuantas veces amainaba, intentaban de nuevo. Y el viento volvía bravo. Mientras estuvieron en la Cumbre sopló que daba gusto. Pero los hombres son majaderos. Y volvieron. Santiago fue para Tunte y allí está. Oiga, y no crea... Allí es donde está bien. Allá arriba era imposible mantenerlo, desamparado y expuesto. Aquí, ya ve. La gente de todos los lugares lo quiere como antes y le agradece sus favores con el mismito fervor.

## TUNTE Y EL "HIJO DEL TRUENO" Y CABALLERO DE LAS DONCELLAS

Había de ser Tunte el lugar predestinado. Tunte bravío y caliente. Abiertas las entrañas, como una fruta aterida. Arriscada y valiente. Templada de genio y entera de carácter.

Por las laderas cálidas de aquella tierra del sur corrió la sangre castellana en regueros de fuga. Nos lo cuenta don José de Viera y Clavijo. El día de San Bartolomé las tropas españolas se adentran en tierra de los Tirajanas. Alguien advirtió a quien mandaba las fuerzas el peligro de aquella tentativa. Y el advertido, "con castellana gravedad", respondió: "Anda, hijo, anda; yo no tengo miedo a gentes desnudas".

Hubo un retorno florecido de venas abiertas. Los guanches defendieron bravíos su independencia. Y aquella tarde el mar recibió desde los riscos el canto glorioso del triunfo.

"Tirajana —nos dice Viera— era para los españoles un paraje fatal". Un nuevo hecho de armas —un nuevo triunfo que cantar sobre las cumbres— hace decir al historiador esta frase dolida. A poco de aquella primera derrota las laderas ardidas se llenan de muertos por Castilla, nuevamente.

Y cuando la isla entera doblaba su entereza al empuje bélico y diplomático de los conquistadores, Tunte aún tiene el alma recia, y derecha como los pinos y maciza como sus cumbres violetas. El roque de Ansite, en pleno corazón de la Cumbre, es baluarte magnífico de esta entereza heroica. Y ha de ir don Fernando Guanarteme a serenar las manos de tea de sus paisanos y encalmar la turbia brillantez de sus pupilas. Allí se rindió la Gran Canaria, "por muy altos y poderosos Reyes don Fernando y doña Isabel", no sin que antes dos auténticos guanches del Sur rubricarán de muerte el vacío de Ansite, abrazados los cuerpos enérgicos y abrazadas las voces, encendidas de tonos rebeldes: "Atis Tirma".

Había de ser esta tierra donde parara Santiago su galope. Santiago el marinero, hermano de Juan, a quien Jesús llamó "hijos del trueno" por su bravo fondo. Jesús, en su paso por Samaria, camino de Jerusalén. La noche al pie de los horizon-

tes. Y los samaritanos que niegan hospedaje. Santiago y Juan piden fuego del cielo para los inhóspitos al Maestro. Jesús los llamó, por este y otros motivos “hijos del trueno”.

Había de ser esta tierra donde parara Santiago su galope. Santiago el marinero, predicador de la fe nueva en las tierras de España. Santiago el batallador, caballero de las Doncellas.

Moros y cristianos cruzan alfanjes y espadas por una tierra y una fe. Plena Edad Media. Un rey moro —aquí está de nuevo el romance— exige el tributo de cien doncellas prometido. El rey don Ramiro las niega. Y le cuesta el gesto un dolor de fondo. La media luna alumbra derrotas hispanas. En la congoja de su descalabro don Ramiro sueña con Santiago, que le invita a repetir, prometiéndole una colaboración personal en la pelea. Y en Clavijo Santiago bate a los intrusos, montando un caballo de nubes con luna.

Había de ser esta tierra caliente de Tunte donde Santiago parara su galope.

## ROMEROS EN EL CAMINO

Ya vienen los romeros por el camino. Caminos del cielo cercano, caminos de aire de seda, caminos de olor campesino. Los caminos de la Cumbre.

Vienen los romeros con las distancias perdidas. Ellas andan delante, en la boca la flor de un cantar. Los amores se duermen en el camino. Ellos arrayan el aire de curdas tensas que tan bien saben decir la canción de la tierra. Alpagatas amarillas y alpagatas blancas, que entristecieron los veredos, tan seguras y blandas de paso. Y la cordial ayuda de unas cañas tiernas plantando firmezas en los trayectos.

Aquí están los romeros. Vienen de lejano “a pagar al Santo”. Extraña satisfacción de deudas. Llegan desnudos de cintura arriba. Descalzos desde lugares como la Aldea de San Nicolás. Mudos, desde el primer paso de salida en el patio distante de la mansión campesina. Y luego avanzan de rodillas hasta la sombra del Santo, que refrena su galope entre fervores.

## ROMEROS EN LAS "TAIFAS"

Aquí están los romeros sin huellas de distancias. Florece el caserío de bailes de "taifa". Hay una alegría respetuosa y solemne llenando el cálido cuartito. Y tienen un tino de intensos alborozos las cuerdas crecidas en un rincón.

La copla de la tierra toca sus mejores calidades. Aquí dentro suena más; más serena, más plena de emoción, más ondulante entre el mecerse enamorado de estos hombres de tierra adentro.

Se rebosan los pañuelos de piñones y turrón de azúcar. Toda la Villa de Tirajana vibra de cantares, vive una alegría nueva e inolvidable, se pone tensa como un doblón de baile.

Y los caminos tejen y destejen huellas de ranchadas, las más seguras y apresuradas de venida y las más tristes y despaciosas de vuelta.

Todo nuestro carácter, toda nuestra personalidad regional aquí está, en este marco calcinado, de lejanías vibrantes, apuntado de cardones, veroles y tabaibas en las caídas, y coronado de pinos en escuadrones verde morenos camino de las distancias del silencio y del aislamiento, en los altos bravíos.

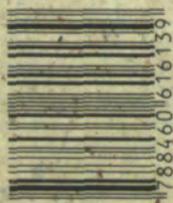
francis

[Francisco Guerra Navarro]

*Dibujos de Plácido Fleitas*

"Diario de Las Palmas". 20 de julio de 1934.





8460616139



AYUNTAMIENTO DE SAN BARTOLOMÉ  
DE TIRAJANA